

**EL DISCIPULADO EN EL IV EVANGELIO: INICIACIÓN, FORMACIÓN Y  
MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS**

**OMAR OLAYA GÁMEZ**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE TEOLOGÍA**

**BOGOTÁ**

**2011**

**EL DISCIPULADO EN EL IV EVANGELIO: INICIACIÓN, FORMACIÓN Y  
MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS**

**OMAR OLAYA GÁEZ**

**Trabajo de grado para optar por el título de  
Licenciado en Teología**

**Tutor**

**Dr. JOSÉ ALFREDO NORATTO G.**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE TEOLOGÍA**

**BOGOTÁ**

**2011**

## **AGRADECIMIENTOS**

Después de una acción o de un camino recorrido, se hace necesario realizar un gesto de agradecimiento con todo lo que ha permitido que se logren las metas propuestas. En este sentido y después de haber recorrido un camino, a lo largo de varios años de estudio que se concluyen con esta investigación, doy gracias a Dios, por la vida y por todas las capacidades intelectuales y corporales dadas en cada momento del proceso formativo y en la realización de este trabajo investigativo como culmen de una meta.

A las personas que directa o indirectamente me han acompañado y orientado mediante sus palabras y consejos, quienes me motivaron para continuar adelante y así superar los obstáculos que en el camino se me presentaron.

A mi familia, especialmente a mi querida madre, quien con sus palabras su cariño y su formación a lo largo de mi vida, me ha ayudado a lograr las diversas metas propuestas, una de ellas, el llegar a ser profesional.

## CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>6</b>
<b>PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA</b> .....	<b>9</b>
<b>PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN</b> .....	<b>11</b>
<b>JUSTIFICACIÓN</b> .....	<b>11</b>
<b>OBJETIVO GENERAL</b> .....	<b>12</b>
<b>OBJETIVOS ESPECÍFICOS</b> .....	<b>13</b>
<b>MÉTODO</b> .....	<b>13</b>
<b>1. PREÁMBULO CONTEXTUAL</b> .....	<b>14</b>
1.1 El Evangelio de Juan.....	14
1.2 Compositor y destinatarios.....	15
1.3 Estructura.....	17
1.4 El tema del discipulado en los Sinópticos y el Evangelio de Juan.....	18

## CAPÍTULO I

<b>2. INICIACIÓN</b> .....	<b>21</b>
2.1 El testimonio como punto de partida del seguimiento.....	22
2.2 El encuentro con Jesús, por iniciativa o por vocación.....	24
2.3 El ministerio de Jesús con sus discípulos.....	26
2.4 ¿Quién puede llegar a ser discípulo de Jesús?.....	30

## CAPÍTULO II

<b>3. FORMACIÓN.....</b>	<b>33</b>
3.1 El servicio como realización del discipulado .....	35
3.2 Permanecer en Jesús .....	38
3.3 La señal inequívoca del discipulado: el amor .....	42
3.4 Riesgos del seguimiento .....	43

## CAPITULO III

<b>4. MISIÓN .....</b>	<b>46</b>
4.1 Las promesas del Espíritu Santo y la misión de los discípulos .....	47
4.2 El encuentro con el resucitado, origen de la misión .....	50
4.3 Ser testigos: un proyecto comunitario .....	54
4.4 El discípulo amado como prototipo del seguidor .....	57

<b>5. CRITERIOS CONSTITUTIVOS DE UNA PASTORAL, DESDE EL MODELO DISCIPULAR JOÁNICO.....</b>	<b>60</b>
--	-----------

<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>63</b>
---------------------------	-----------

<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>67</b>
---------------------------	-----------

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de Investigación, tiene su origen en los interrogantes que me surgen a partir del papel que juegan los creyentes en la acción pastoral de la Iglesia. Teniendo como pretexto la propuesta de discipulado hecha desde la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, donde se hace un llamado a la Iglesia a presentar una pastoral que esté orientada desde un itinerario de discipulado, que posibilite a toda persona el llegar a ser discípulo de Jesús.

En este sentido, buscando indagar sobre aquello que constituye un proceso discipular, uno de los textos dentro del Nuevo Testamento que desarrolla de manera particular este tema es el Cuarto Evangelio. Donde el discipulado se configura como el itinerario que vivieron aquellos primeros seguidores de Jesús, quienes creyeron en Él y llegaron a ser sus discípulos.

Una de las particularidades de este Evangelio, es la reiterada mención de la categoría “discípulos” a lo largo de todo el texto, referencia que adquiere una importancia significativa que deja en claro que más que un término, es una experiencia vital que ha configurado una comunidad de seguidores, la comunidad joánica.

El proceso de análisis investigativo, se realizó a partir de tres etapas fundamentales: la iniciación de los discípulos, la formación de los discípulos y la misión de los discípulos. En un primer momento, está la etapa de iniciación discipular que se ubica a lo largo de la primera parte del Evangelio, conocida como el libro de los signos (1,19-12,50). Allí el punto de partida está dado por el testimonio que hace Juan el Bautista a sus discípulos sobre Jesús (1,6-8.19a.26-27.29-34.36b), que busca revelar su identidad. Testimonio que repercute en la respuesta de seguimiento de los primeros discípulos (1,37), quienes luego serán los nuevos testigos (1,41), haciendo surgir nuevos seguidores que pronto se incorporan al proceso. De esta manera, el testimonio se constituye en el punto de partida que despierta la fe, que luego es confirmada mediante un encuentro cercano con Jesús (1,39.41.45; 4,5-30.39-42).

Claro está, que los discípulos debieron pasar por un proceso llevado a cabo a lo largo del ministerio de Jesús, a través de siete signos (2,1-12; 4,43-54; 5,1-18; 6,1-15; 6,16-21; 9,1-41; 11,1-41), los cuales van revelando su verdadera identidad y a su vez van afianzando la fe de los discípulos. De esta forma, uno de los elementos fundamentales para seguir a Jesús y ser auténtico discípulo, es el creer y mantenerse fiel a su palabra (8,31).

Este primer momento se desarrolla en una doble dinámica de fe e increencia, que se manifiesta en la aceptación o el rechazo. Tensión que culmina con la revelación de Jesús, que había estado orientada para un público diverso (12,36b), para ser exclusiva de sus discípulos. De esta manera, se pone fin a la iniciación discipular dando paso a un encuentro cercano con Jesús, donde les manifestará aquellos elementos que constituirán el ser del discipulado.

Luego se da inicio a una nueva etapa del discipulado que se articula a lo largo del libro de la gloria (13-20). Cambio significativo entre la primera parte del Evangelio y la segunda, que tiene su origen en el rechazo y la increencia sobre Jesús (12, 36b). Pues, ahora comparte sólo con aquellos quienes creyeron en Él, a quienes denomina como los suyos (13,1).

La inminente llegada de la hora de Jesús, como aproximación al sacrificio de la cruz se constituye en pretexto para compartir con los suyos una cena como despedida (13, 2). A partir de allí, se inicia la segunda etapa del itinerario discipular, el momento de la formación de los discípulos. En un ambiente de encuentro, cercanía e intimidad con Jesús, se desarrollan diferentes elementos a partir de un gesto y los discursos de despedida, los cuales deberán configurar el ser del discipulado: el lavatorio de los pies, el mandamiento del amor, el permanecer con Jesús, además de los riesgos que implica el seguimiento.

Dichos elementos se constituyen en mandatos, los cuales deberán vivirse en la comunidad de seguidores mediante el servicio, la vivencia del amor entre los discípulos a ejemplo del amor entre el Padre y el Hijo, y la fidelidad en unidad a Jesús, como única forma para que el discipulado de verdaderos frutos y así puedan sobrellevar las adversidades que implica el seguir a Jesús.

Finalmente, una tercera etapa denominada como la misión de los discípulos, que se configura a partir de la misión misma de Jesús, de la cual les hace partícipes (20,21). No obstante, la misión de los discípulos se configura plenamente sólo después de la experiencia del resucitado. Experiencia de la cual deberán dar testimonio, para que el mundo llegue a creer que Jesús es el Hijo de Dios (20,31). Mediante el cumplimiento de los mandatos que Jesús les ha enseñado (14,21; 15,10); sólo así les reconocerán como verdaderos discípulos suyos (13,35). Para esta tarea contarán con la ayuda del Paráclito, prometido por Jesús a sus discípulos antes de su muerte. La presencia del Espíritu en medio de la comunidad como presencia permanente del resucitado, que ratifica y prolonga la verdad sobre Jesús y su misión, quien estará para siempre con los discípulos (14,16), les recordará todo lo que Jesús les enseñó (14,26), les enseñará y les guiará a la verdad completa (15,26; 16,13). De esta manera los discípulos comprendieron todo sobre Jesús, y creyeron verdaderamente en Él (2,22; 12,16; 13,7; 14,26).

A partir del trabajo realizado, es pertinente mencionar algunos criterios generales que sintetizan el proceso discipular que presenta el Cuarto Evangelio, y que por lo tanto se constituye en un verdadero modelo que debería tenerse en cuenta a la hora de plantear un proceso de discipulado en determinado contexto.

## **TÍTULO DEL TRABAJO**

EL DISCIPULADO EN EL IV EVANGELIO: INICIACIÓN, FORMACIÓN Y MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS



## **PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA**

Entre los diversos retos que enfrenta la Iglesia en nuestro actual acontecer, está el de la participación activa de los laicos, en su acción evangelizadora. Desde el Concilio Vaticano II, se ha propiciado toda una reflexión que busca generar espacios donde los laicos puedan descubrir y vivir su vocación recibida desde el bautismo. En este sentido, la V conferencia del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida Brasil en mayo de 2007, ha presentado una nueva propuesta donde se pretende hacer partícipes a los laicos como lo expresa en su lema “discípulos y misioneros de Jesucristo, para que en Él tengan vida”.

Este nuevo reflexionar de la Iglesia en torno a los laicos, hace parte de la toma de conciencia de la importancia de su participación en la acción pastoral. Sin embargo, es claro que en ello ha influido la marcada secularización de la sociedad y el surgimiento de numerosas expresiones religiosas donde las personas se sienten acogidas y sí encuentran espacios más amplios de participación. Mientras que en la Iglesia Católica, los pocos espacios de participación de los laicos se orientan más hacia un activismo económico y litúrgico, que se llevan a cabo en algunos momentos y según las realidades eclesiales.

La reducción de la participación de los laicos en la Iglesia, es una realidad que tuvo su origen ya desde los primeros siglos del cristianismo hasta nuestros días. Lo cual obedece en gran parte a la marcada importancia en que se fueron configurando los ministerios ordenados, desde un estatus jerárquico que sólo unos pocos alcanzaban muchas veces con intereses ajenos al servicio y entrega a la comunidad. Así se fue minusvalorando el sentido del creer y seguir a Jesús, de una fe donde cada creyente según el don recibido debía ponerlo al servicio de todos (1 Cor 12,4-27), partícipes de la acción de la Iglesia (Hch 4,32-35), en su misión de continuar dando testimonio de la presencia del Reino de Dios.

En efecto, el seguimiento como estilo de vida de la comunidad pronto sería reducido a un grupo exclusivo. Un estilo de vida del cual hacían parte sólo un grupo de personas en particular, que aún hoy se considera como la más auténtica forma de creer en Jesús. Desconociéndose casi por completo la experiencia de seguimiento de muchos creyentes que han optado por seguir a Jesucristo en su cotidianidad, desde las diversas realidades en que

se desenvuelven cada día. La exclusión de los laicos de una participación directa, se evidencia en que casi nunca se les tiene en cuenta como agentes partícipes de las acciones pastorales de la Iglesia, ya que se les considera sólo como destinatarios. De ahí que para muchos, ser cristiano resulta ser más una adhesión a un conjunto de doctrinas que se expresan en una praxis pasiva mediante unos ritos, más que una opción de seguimiento según los modelos de las primeras comunidades cristianas, que nos han legado mediante el testimonio escrito en los Evangelios.

Ante la realidad antes mencionada, hoy surge como respuesta la necesidad de que cada creyente descubra y viva su condición de discípulo, esto es que se sienta partícipe y responsable de la misión de la Iglesia. Pero, ¿es posible decir que todo creyente, por el hecho de ser bautizado es discípulo de Jesús? o ¿Cuáles serán las condiciones necesarias para que el creyente de hoy, se incorpore en una experiencia de seguimiento? En este sentido, habría que indagar por aquellos elementos que constituyen una propuesta de seguimiento.

Dado el carácter de este trabajo, se pretende realizar un acercamiento al itinerario discipular, desde los componentes que configuran el seguimiento de Jesús, en el modelo que presenta el Cuarto Evangelio. Investigación que estará dada por tres momentos fundamentales: uno de iniciación de los discípulos, seguidamente uno de formación de los discípulos y finalmente uno dedicado a aquello que puede constituirse como la misión de los discípulos de Jesús.

Ahora bien, sería conveniente un análisis de la categoría de discípulos desde los Sinópticos y el Cuarto Evangelio, desde los modelos discipulares que ofrece cada texto como aporte para una comprensión actual del discipulado. En este sentido, se hará referencia a la presencia de la categoría “discípulos”, tanto en los Evangelios Sinópticos como en el Evangelio de Juan, lo que permitirá descubrir la marcada importancia que adquiere para la comunidad joánica<sup>1</sup>. No obstante, no se pretende realizar un análisis detallado de la categoría de discípulos en dichos evangelios, ya que éste trabajo requerirá un mayor grado de profundización, que podrá ser abordado en una etapa posterior al pregrado.

---

<sup>1</sup> Cfr. Pg., 20.

## **PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN**

¿CUÁL ES EL ITINERARIO DISCIPULAR QUE SEÑALA EL EVANGELIO DE JUAN, Y QUE DEBE TENERSE EN CUENTA PARA UNA PROPUESTA PASTORAL?

## **JUSTIFICACIÓN**

Desde la Conferencia de Aparecida, se viene insistiendo en la necesidad de impulsar el papel de la “Iglesia llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo”<sup>2</sup>. No obstante, este llamado resulta una novedad para muchos creyentes, para quienes su experiencia de fe sólo está relacionada con una participación escasa en la misión de la Iglesia.

Hay que decir que esta propuesta surge ante el surgimiento de manera discreta, de laicos que se sienten llamados a participar de manera directa en la acción evangelizadora. Pero, también porque se ha tomado conciencia de la urgente necesidad de vincular a los creyentes a los procesos pastorales, para que el mensaje de Cristo llegue a tantas personas, a tantos espacios que aún la Iglesia no logra llegar.

Ahora bien, no se trata meramente de encender los corazones de los creyentes una propuesta que resulta ajena a su experiencia de fe. La amplia negación de la vocación del creyente y su papel en la Iglesia a lo largo de la historia, no se salva meramente con la inusitada proclamación teórica de llegar a considerarse discípulos. Lo fundamental se dará a partir del reconocimiento e implicación de su vocación en la vida de la Iglesia.

Este contexto, se constituye en un momento oportuno para reflexionar sobre aquellos fundamentos teológicos del itinerario discipular que configuraron las primeras

---

<sup>2</sup> Cfr. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento conclusivo*, 7.

comunidades cristianas, especialmente la comunidad del Cuarto Evangelio. Lo anterior como pretexto a manera de buscar resignificar la importancia de la vocación del cristiano de hoy como discípulo de Cristo, que facilite una participación más directa en la vida de la Iglesia.

Así la dignidad del discípulo significaría para la praxis pastoral, que no puede entenderse al laico sólo como destinatario de la acción de la Iglesia, sino que también debe considerársele responsable del anuncio del Evangelio. Teniendo en cuenta que es a partir de la vocación del discípulo que se va configurando la comunidad, donde el creyente está llamado a ser anunciador del Reino de Dios, mediante sus dones, carismas y en cada una de sus realidades.

Pues, el discípulo deberá ser agente activo de la acción evangelizadora en medio de sus comunidades, mediante su participación con el testimonio de vida, pero también en la toma de decisiones y en el aporte en los diversos procesos pastorales. Por ello, es de cuestionar si es posible proponer un discipulado, sin una participación directa de los laicos en la construcción de proyectos pastorales que favorezcan el anuncio del Reino de Dios, y por consiguiente la construcción de Iglesia.

## **OBJETIVO GENERAL**

Reconocer el proceso de iniciación, formación y misión como itinerario del discipulado en el Evangelio según san Juan, a fin de propiciar una mejor comprensión de lo que constituye el ser del discípulo, para su proyección en el hoy de la Iglesia.

## **OBJETIVOS ESPECÍFICOS**

1. Realizar una aproximación al seguimiento de los primeros discípulos, desde el ministerio público de Jesús, para identificar el desarrollo que comporta el proceso de iniciación en el discipulado.
2. Describir en torno a la cena de despedida, en el lavatorio de los pies y los discursos de despedida, los elementos preponderantes que se consideran como formadores de los discípulos y que llegarían a configurar las bases elementales del discipulado.
3. Caracterizar las diferentes implicaciones del proceso discipular, como constitutivo de la misión, con el fin de elucidar unos criterios para el pensar la pastoral del discipulado.

## **MÉTODO**

Esta investigación en torno al tema del discipulado, desde su fundamentación teológica y teniendo como base el texto del Cuarto Evangelio, se inscribe esencialmente en la teología bíblica. A manera de abordar el Evangelio, desde el itinerario de los discípulos a partir de tres categorías: la iniciación, formación y misión, en su comprensión e importancia dentro de la comunidad joánica; orientada por los diferentes aportes bibliográficos que se relacionan directamente con el tema.

Ahora bien, a lo largo de la investigación el método hermenéutico será el orientador del proceso que permitirá identificar, observar y recoger la información de los diferentes autores. Primero, se buscará identificar claramente los diferentes autores que hablan del tema, mediante el instrumento de búsqueda directa en la biblioteca del material a analizar.

Teniendo el material bibliográfico, un segundo paso será el análisis de cada uno de los textos, con el fin de identificar aquellos temas que más se relacionan con el objetivo.

Luego esta información recolectada, deberá ser organizada de manera esquemática, de acuerdo con cada uno de los capítulos. Finalmente vendrá el trabajo de interpretación, a partir de la lectura crítica de cada texto, poniendo por escrito lo que responda al objetivo propuesto.

## **1. PREÁMBULO CONTEXTUAL**

### 1.1 El Evangelio de Juan

Uno de los textos bíblicos que para muchas personas resulta sugestivo, pero a la vez desconcertante es el Evangelio de Juan. Por su contenido y por su estilo particular de presentar el ministerio de Jesús, frente a los Evangelios Sinópticos. No obstante, la marcada importancia que llegó a dársele a los Evangelios Sinópticos como fuentes históricas directas sobre la vida de Jesús, daría origen a una lectura meramente Espiritual del Cuarto Evangelio, ya desde los inicios del Cristianismo<sup>3</sup>.

Desde diversas ramas de la teología variados autores se han dedicado a la ardua tarea de desentrañar la riqueza simbólica que presenta el evangelio de Juan. Sin embargo, el primer problema a que se enfrentan los estudiosos, es el relacionado con el autor. Pues, aunque pareciera evidente su identidad, según lo manifiesta el capítulo 21, cuando dice, “Este es el discípulo, el mismo que da testimonio de todas estas cosas y las ha escrito” (21,24). Referencia que no esclarece del todo la identidad del autor, haciéndose casi imposible llegar a dar una declaración definitiva.

Sin embargo, sí es claro que detrás de esta misteriosa identidad del autor, se esconde una comunidad, la comunidad joánica. Pues la intención del Evangelio, no es tanto la de

---

<sup>3</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 35.

informarnos de hechos históricos sobre la vida de Jesús, sino de la comunidad joánica<sup>4</sup>, en su experiencia de fe en Jesús, el “Hijo de Dios”, “el enviado del Padre”. Una fe que va configurando en la comunidad el proceso de seguimiento a Jesús denominado discipulado.

El discipulado como modelo comunitario que ha sido ratificado y testimoniado por las primeras generaciones (21,24) y han querido dejar por escrito para las futuras generaciones de seguidores de Jesús.

## 1.2 Compositor y destinatarios

A lo largo de la tradición de la Iglesia se ha reconocido como autor del Cuarto Evangelio al apóstol Juan. Uno de los discípulos de Jesús, que le acompañó a lo largo de su ministerio como lo atestiguan principalmente los Evangelios Sinópticos (Mt 4,21; Mc 1,19; Lc 5,10). Esta adjudicación surgió desde los primeros siglos del cristianismo, principalmente con san Ireneo<sup>5</sup>; quien a partir de la tradición recibida llegaría a presentar como autor al apóstol Juan, el Hijo de Zebedeo. Afirmación que para los actuales especialistas, no posee mayores fundamentos en el Evangelio que la pueda apoyar<sup>6</sup>. Pues el mismo texto señala como autor a un discípulo del cual no se menciona su identidad (21,24), pero, en ninguna parte del texto se afirma que éste discípulo sea el apóstol Juan.

Ahora bien, la misteriosa figura del discípulo amado (21,7), viene a marcar un gran interrogante a la hora de clarificar su identidad. No obstante, su marcada importancia a lo largo de todo el Evangelio es lo que evidencia que haya sido catalogado como autoridad en quien la comunidad funda el Evangelio (21,24), desde su vinculación directa con la época apostólica. De esta manera se configuró como testigo garante desde quien se sustenta la tradición que luego llegó a ser escrita.

---

<sup>4</sup> Cfr. García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 16.

<sup>5</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 30.

<sup>6</sup> Cfr. *Ibid.*, 30.

La comunidad joánica, es consciente de ser heredera de una tradición que está fundada en un testigo “el discípulo a quien Jesús amaba”. Éste vínculo, tiene como objetivo el dar autenticidad y validez al texto, frente a las posibles especulaciones y las diversas problemáticas a las cuales se veía enfrentada la comunidad<sup>7</sup>.

En el proceso de elaboración del Evangelio dado a lo largo de al menos tres estadios<sup>8</sup>, se fue configurando una mejor comprensión cristología y a la vez se fue acrecentando la confrontación con las tradiciones judaizantes<sup>9</sup>. De esta realidad nos da cuenta la narración del ciego de nacimiento del capítulo 9, donde se pone en evidencia el conflicto surgido entre la comunidad joánica y los judíos, ya que éstos no aceptaban a Jesús como el Cristo (9,22) y menos que llegase a considerarse como Hijo de Dios (19,7). Confrontación que tendría como consecuencia la expulsión definitiva de los cristianos de las sinagogas (9,22).

Por lo tanto, su fundamentación desde un sentido eminentemente Cristológico, dado a partir de la profesión de fe, que “*Jesús era verdaderamente el Cristo, el Hijo de Dios*” (20,31) tenía como directo destinatario, la comunidad de discípulos.

Una comunidad que ante los diversos peligros buscaba una reafirmación de la fe de quienes ya creían<sup>10</sup>. Surgió la necesidad de consolidar la identidad propia de los seguidores de Jesús (los discípulos), frente a los diversos conflictos y ante las tendencias religiosas de su momento (gnosticismo) que podrían influenciarles.

---

<sup>7</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 34.

<sup>8</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 27.

<sup>9</sup> Cfr. García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 17.

<sup>10</sup> El verbo griego *pisteuète* (para que crean), que en subjuntivo presente manifiesta la constancia en la fe, más que la adquisición de la misma. Tomado de: Mercier, *El evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba*, 28.



### 1.3 Estructura

En cuanto a un esquema general sobre el Evangelio de Juan, son variadas las propuestas que se han hecho, no obstante, autores de gran reconocimiento en el estudio de este texto coinciden en proponer una estructura que puede dividirse en dos grandes secciones, como la presenta Francis J. Moloney<sup>11</sup>, de la cual a continuación se hace una síntesis:

ESTRUCTURA		TEMAS
		Prólogo (1,1-18)
I P A R T E	<b>D E S C R I P T O</b>	<p>(El auditorio es múltiple)</p> <p>Siete signos, encuentros de Jesús con algunos personajes y algunos discursos:</p> <ol style="list-style-type: none"> <li>1. <b>Primer signo</b> en Caná (2,1-12)</li> <li>2. <b>Segundo signo</b> en Caná: (curación del hijo del funcionario) (4,43-54)</li> <li>3. <b>Tercer signo</b>: curación de un enfermo (5,1-18)</li> <li>4. <b>Cuarto signo</b>: multiplicación de los panes (6,1-15)</li> <li>5. <b>Quinto signo</b>: Jesús camina sobre las aguas (6,16-21)</li> <li>6. <b>Sexto signo</b>: curación de un ciego de nacimiento (9,1-41)</li> <li>7. <b>Séptimo signo</b>: resurrección de Lázaro (11,1-41)</li> <li>8. <b>Conclusión</b> (12,44-50)</li> </ol>
	<b>A S C R I P T O</b>	<p><b>Libro de la gloria</b></p> <p>C. 13-20</p> <p>Aceptación y rechazo; creer y no creer.</p>
		Epílogo (21,1-25)

<sup>11</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 47.

En las anteriores cuatro partes, se evidencian dos secciones fundamentales: el libro de los signos y el libro de la gloria, entendidas desde un doble movimiento descendente, como venida del Hijo al mundo y ascendente como regreso del Hijo junto al Padre.

En la primera parte encontramos el prólogo (1,1-18), donde el autor en un reducido texto presenta un profundo compendio de cristología y teología. A continuación, una segunda parte denominada como el libro de los signos (1,19-12,50), en la cual se encuentra la experiencia de seguimiento de los primeros discípulos y el ministerio de Jesús. A lo largo de siete signos que son realizados ante un escenario diverso, las personas van descubriendo la verdadera identidad de Jesús y llegan a creer en Él (2,11; 4,53); otros por su parte le rechazan (3,11) y hasta deciden matarle (5,18).

Una tercera parte conocida como el libro de la gloria (13-20), en la cual Jesús se aparta del escenario público y se dirige de manera exclusiva a los discípulos. Allí se inicia un proceso de formación personalizada con quienes han decidido seguirle, en torno a la cena de despedida, donde se desarrolla el signo del lavatorio de los pies y los discursos de despedida (13,1-17,26). La cual culmina con la pasión (18,1-19,42) y la resurrección de Jesús (20,1-29).

Finalmente, una cuarta parte conocida como el epílogo (21,1-25) que ha sido considerada un añadido a la obra ya concluida<sup>12</sup>, en el cual se relata una nueva manifestación de Jesús a sus discípulos (21,1); y una conclusión que busca dar solidez al Evangelio, al colocar al discípulo como testigo garante de la tradición, confirmado por la misma comunidad (21,24).

#### 1.4 El tema del discipulado en los Sinópticos y el Evangelio de Juan

Una lectura atenta de los Evangelios Sinópticos y del Evangelio de Juan, pone en evidencia las diferencias significativas especialmente a nivel de su contenido. Diversos autores han

---

<sup>12</sup> Cfr. García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 223.

considerado el contenido de los Evangelios Sinópticos, como medio directo de abundante información histórica, mientras que el Evangelio de Juan hasta hace poco fue considerado como más espiritual (Clemente de Alejandría), o mítico (Dodd)<sup>13</sup>. No obstante, los más recientes estudios literarios y arqueológicos, han llevado a replantear la noción espiritualista que se le había adjudicado; esto debido al hallazgo de diversos materiales históricos, que reflejan acontecimientos reales de la vida de Jesús, dándose así un viraje significativo en la manera de ver y abordar el Cuarto Evangelio.

Es claro que, las diferencias a nivel del contenido entre los evangelios, obedecen en gran parte a la intencionalidad que cada autor ha querido plantear. Por ello, al establecer una comparación entre los Evangelios, donde sólo un 8% de los textos tienen paralelo en los sinópticos<sup>14</sup>, se evidencian planteamientos teológicos muy distintos, como es el caso del texto sobre la purificación del templo (Jn 2,13-22 y Mc 11,15-27).

Ahora bien, en lo referente al tema del discipulado es claro que pueden presentarse diferencias que obedecen principalmente a la manera como se fue configurando la comunidad, desde su experiencia de fe. Pues, los textos han surgido a partir de una realidad eclesiológica distinta, en épocas y situaciones diferentes. De allí que, entre Juan y los Sinópticos se presentan divergencias considerables en cuanto a este tema, como lo muestra el siguiente análisis sistemático<sup>15</sup>, desde las categorías de discípulos (seguidores) y apóstoles (misioneros), configurando así una manera particular de entender y vivir la experiencia de seguimiento a Jesús.

Primeramente, en cuanto a la categoría “apóstoles” (ἀποστόλων) -muy mencionada en los Sinópticos no así en el Cuarto Evangelio-, se ubica en las primeras comunidades cristianas debido a su marcada importancia en algunos textos,<sup>16</sup> especialmente en Pablo, donde aparece 35 veces y en los Hechos de los Apóstoles 28 veces. Por otra parte, está la categoría de “discípulos” (μαθητὰς) con una marcada acentuación tanto en plural como en singular (μαθητῆς- μαθηταί). A parece en el nuevo testamento 261 veces, especialmente en los sinópticos, en Juan y los Hechos de los Apóstoles, descrita de la siguiente manera:

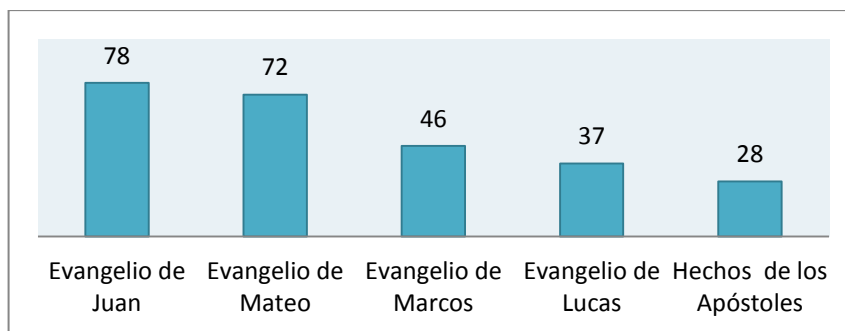
---

<sup>13</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 36.

<sup>14</sup> Cfr. García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 32.

<sup>15</sup> Cfr. Noratto, *Discípulos y Apóstoles en el Cuarto Evangelio*, 40.

<sup>16</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 29.



*(El número indica las veces que aparece este término en cada texto)*

Como lo manifiesta la anterior gráfica, hay una reiterada referencia de la categoría de discípulos<sup>17</sup>, principalmente en los Evangelios, lo que pone en evidencia que se trata de una realidad muy común en la época de Jesús y de vital importancia en la mentalidad de las comunidades primitivas.

Es significativo el constante uso del plural “discípulos” ya que aparece 237 veces, mientras que en singular “discípulo” sólo se encuentra 30 veces. En el Evangelio de Juan, aparece 78 veces el término discípulo (μαθητής) o discípulos (μαθηταί), de las cuales sólo 16 están en singular, utilizado más como un título referido especialmente al discípulo o el discípulo amado (18,15-16; 19,26-27.38; 20:2-4.8; 21,7.20.23.24). Mientras que el uso del plural es mucho más recurrente, con 63 veces referido al grupo de seguidores más cercanos a Jesús, lo que resalta la acentuada importancia que le da el autor al carácter comunitario del seguimiento, elemento determinante para el Cuarto Evangelio.

En conclusión, el reiterado uso de la categoría discípulos en el Evangelio de Juan, especialmente en plural, frente a la ausencia total de la palabra apóstol, deja en claro que éste término que se relaciona con la figura de los doce, no representa ninguna importancia para la comunidad joánica. Por otra parte, deja en claro que la reiterada mención de la categoría “discípulos” no es una construcción literaria del autor, que ha sido acomodada de acuerdo a su interés, por el contrario, hace evidente una realidad eclesial que ha surgido de la experiencia de seguimiento. Es una manera de verse y comprender la comunidad, descubriendo el valor auténtico de lo que en verdad significa ser discípulo de Jesús.

<sup>17</sup> Término que ha sido utilizado para designar especialmente a los seguidores de Jesús.

# CAPÍTULO I

## 2. INICIACIÓN

En todas las culturas, grupos, comunidades o agrupaciones, existen diversos procesos iniciáticos que comportan una serie de pruebas y pasos, mediante procesos formativos que están divididos en etapas sucesivas, los cuales pretenden llevar a una persona durante un período a una nueva experiencia o forma particular de vida y según las costumbres del grupo, que en suma culminará con la vinculación definitiva a la comunidad o agrupación.

En el ámbito religioso, la iniciación se da mediante la adhesión de una persona a un proceso estructurado en etapas, las cuales están unidas por diversos actos rituales que marcan el final y el inicio de una nueva etapa. En este proceso, el iniciado debe estar bajo el acompañamiento de un guía o Maestro, quien le ayudará a avanzar en el camino trazado. Sin embargo, no se trata de asumir ciertas funciones, o comportamientos que le son exigidas por el acompañante “sino la adquisición de todo lo que es resultado de la instrucción”. Esto quiere decir, que se trata de asumir libremente la nueva forma de vida que se le propone, llegando a adquirir una nueva identidad que lo diferencia del no iniciado.

El iniciado, en la experiencia cristiana deberá estar vinculado directamente a la persona de Jesús, como lo manifiesta el Cuarto Evangelio a partir de la experiencia discipular de los primeros seguidores. De allí, se va formando un modelo discipular en el cual se configura un proceso iniciático que tiene como punto de partida el testimonio sobre Jesús que lleva a la fe, por medio del cual se llega a ser discípulo suyo. Mediante el testimonio, el creyente llegará a tener un encuentro personal y comunitario con la persona de Jesús, para lo cual la persona deberá estar dispuesta a pasar de una forma de vida a una nueva; un nuevo nacimiento en el Espíritu como elemento fundamental para entrar en la comunidad del Reino de Dios (2,5). Pues, ser discípulo de Jesús significa estar en la luz, en la verdadera luz de la vida *"Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn 8,12).

Por tanto, el proceso discipular que se va constituyendo en la dinámica del creer y no creer, permite el discernimiento que llevará a formar una fe basada en la fidelidad a la palabra de Jesús, en las enseñanzas del Maestro: *“Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”* (Jn 8,31-32).

## 2.1 El testimonio como punto de partida del seguimiento

Terminado el prólogo, el evangelista presenta el ministerio de Juan Bautista, dentro de la semana inaugural (1,19.29.35.43), la cual termina en las bodas de Caná. Ministerio que realiza con algunos de sus discípulos al otro lado del Jordán donde bautiza (1,28). De esta manera, el testimonio de Juan Bautista sobre Jesús, será un tema que resalta el evangelista (1,6-8.15.19.26.32; 5,33-36), ya que como precursor del Mesías, tendrá como encargo el de manifestar la presencia real de Jesús, como el cordero de Dios (1,29.36).

Ahora bien, el tema del testimonio del bautista se desarrolla en dos momentos: primero con la interrogación que le hacen los judíos sobre su verdadera identidad, que induce a Juan a manifestar la presencia actual del Cristo (1,19-27). Y segundo, viene la doble afirmación cristológica donde abiertamente revela la verdadera identidad de Jesús, ante sus discípulos (1,29.36).

En el primer día de la semana con que el autor abre la narración, se da la interrogación al Bautista sobre su identidad como pretexto que llevará a dar el testimonio, pero a la vez es el origen del constante rechazo que ejercerán los judíos sobre Jesús a lo largo de todo su ministerio. La insistencia de los judíos sobre la identidad de Juan Bautista, se da en relación a que intuyen que pueda ser el Mesías; aunque no se lo han preguntado directamente, Juan responde sin vacilación no ser el Cristo. Pero, el cuestionamiento continúa, ya que si no es el Cristo, podrá ser o Elías o el Profeta, uno de los precursores esperados (cf. Mal 4,5; Ecle 48,10-1; Dt 18 15-18). Pero, Juan sólo reconoce ser el precursor de quien está actualmente

presente (1,26) el Mesías. El Cristo a quien aún no le conocen pero que su testimonio se encargará de revelarlo.

Juan rechaza por completo toda relación con las figuras escatológicas fundamentales de Israel<sup>18</sup>, con el nuevo Moisés (6,14; 7,40). No obstante, esta interpelación que hacen los judíos conlleva al testimonio del bautista sobre Jesús y su labor como precursor, quien abrirá el camino del Señor (Is 40,3). Testimonio que revelará a Jesús ante los discípulos, quienes también llegarán a ser testigos (1,41; 45b). De esta manera, se reafirma el papel del Bautista como testigo, confirmado ampliamente por la tradición sinóptica (cf. Mc 1,2-3; Mt 3,2-3; Lc 3,4-5)

En el segundo día, el Bautista hace real la promesa del prólogo de dar testimonio sobre Jesús. Aunque no se menciona un auditorio interlocutor, el Bautista tan pronto ve venir a Jesús, hace una confesión de fe cristológica “He ahí el cordero de Dios” (1,29). Proclamación de fe que no tiene mayor implicación, pues sólo hasta el tercer día su testimonio es escuchado por dos de sus discípulos (1,35). Nuevamente tan pronto ve venir a Jesús repite la misma profesión mencionada en el día anterior (1,29.36) pero, con un cambio significativo ya que a partir de allí se da origen al seguimiento: “*Los discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús*”<sup>19</sup> (1,37). Ahora, los discípulos del Bautista deciden seguir libremente a un nuevo maestro, Jesús (1,37.42.49).

La función del Bautista como precursor, ha llegado a su momento más substancial, pues mediante su testimonio no sólo ha dado a conocer quién es Jesús, sino que ha provocado la fe que lleva al seguimiento de los primeros discípulos (1,37). Andrés y el otro discípulo creen en la proclamación de su Maestro (Juan Bautista) y dan una respuesta inmediata reconociendo a Jesús como su nuevo Maestro (1,38). Es una respuesta libre y voluntaria, ya que no hay una invitación por parte de Jesús, le siguen porque al parecer han descubierto quién es Él. Van y conocen donde habita (1,38) y luego dan testimonio, no sólo de haber conocido a un maestro más, sino de haber hallado al Mesías (1,41), o “*aquel de quien escribió Moisés en la ley*” (1,45).

---

<sup>18</sup> Cfr. García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 102.

<sup>19</sup> Verbo propio del discipulado, que articula toda la experiencia de seguidores de Jesús, quienes llegan a conformar la comunidad joánica.

El testimonio de los discípulos de Jesús viene a marcar el fin de esta primera etapa, donde se ha dado a conocer ampliamente quién es Jesús. En efecto, tanto Juan como sus discípulos han realizado la labor de ser testigos, para que muchos otros también le lleguen a conocerle.

Como consecuencia, toda la experiencia de discipulado en la comunidad joánica se fundamenta desde el testimonio, como elemento fundamental para mostrar ante los hombres una nueva realidad presente y salvífica, Jesús el Cristo. Y para que conociéndole muchos otros lleguen a creer en Él (2,23; 4,39).

## 2.2 El encuentro con Jesús, por iniciativa o por vocación

En el ámbito eclesial, generalmente cuando se habla de vocación auténtica se hace referencia a aquella que ha sido ocasionada a partir de una experiencia de llamado, la cual actualmente se considera que se manifiesta sólo en algunas formas particulares de vida: la vida consagrada y la vida al sacerdocio. El llamado se considera como garante de la forma de vida que asumirá cada persona. Ante esto, hay que decir que el seguimiento Jesús en los Evangelios Sinópticos se da a partir de un llamado directo de Jesús, mientras que el evangelista Juan, no acentúa el inicio del seguimiento mediante un llamado, sino en un seguimiento dado a partir del testimonio, el cual ocasiona en las personas una respuesta de seguimiento.

El Evangelio de Juan, desde el inicio hace explícitas dos formas de discipulado: una por iniciativa de los discípulos, en el caso de los primeros seguidores (1,37) y otra por un llamado directo de Jesús (1,43; 21,19.22). Dos formas de seguimiento, que vinculan a la persona en un proceso de seguimiento, como se enmarca desde el capítulo 1 (1,37-51), donde acontece el seguimiento como búsqueda de Jesús por parte de los discípulos.

Luego del testimonio del Bautista (1,35-37), donde reconoce a Jesús como el Cordero de Dios frente a dos de sus discípulos, el evangelista nos habla del seguimiento de estos dos



discípulos, quienes han escuchado atentamente la profesión de fe en su Maestro. Sin embargo, aunque no comprenden del todo el contenido de tal afirmación, la acogen y deciden seguir a Jesús (1,37). Otros por su parte, le siguen porque Él les ha llamado directamente, como lo refiere el texto sólo en dos ocasiones: en el caso de Felipe (1,43) y Pedro, ya al final del Evangelio (21,19.22). La reducida mención de un llamado por parte de Jesús, deja entrever que éste no tiene mayor repercusión en la comunidad joánica y que por consiguiente la vocación no es lo fundamental para seguir a Jesús, lo fundamental llegará a ser el que cada persona llegue a creer en Jesús. El verdadero discípulo, es quien conoce y reconoce a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios (1,29).

La decisión voluntaria que han asumido algunos discípulos del Bautista, al seguir a Jesús es causa de asombro, por eso Jesús les pregunta ¿qué buscáis? (1,38). Jesús desea saber cuál ha sido la motivación que les llevó a seguirle. Pareciera evidente que le siguen porque han entendido claramente quién es Jesús, a partir de la profesión del Bautista. Pero, ¿acaso los discípulos lograron entender inmediatamente quién era Jesús y por ello ahora le siguen? Al parecer, sólo le siguen porque le han reconocido como su maestro (Rabbí), y por ello desean saber dónde vive (1,38). Pues, en el contexto judío llamarle maestro a alguien significaba que debía tener un lugar donde enseñar<sup>20</sup>, por ello los nuevos discípulos quieren ir a este lugar para ver y escuchar la enseñanza de su nuevo Maestro; Jesús no se niega y por el contrario les invita a que vayan y vean (1,39).

El encuentro cercano con su Maestro, genera un cambio significativo en los dos discípulos. A partir de allí han descubierto que Jesús no es sólo Maestro, como lo evidencia el testimonio de Andrés ante Pedro, al afirmar haber encontrado al Mesías (1,41), el Cristo esperado por el pueblo de Israel. Por su parte Felipe, quien es el primero en ser llamado al discipulado directamente por Jesús (1,43), da testimonio ante Natanael (1,45), posibilitando así un encuentro abierto y sincero de éste discípulo con Jesús, que le lleva a hacer una profesión de fe, donde le reconoce como el verdadero maestro, el Hijo de Dios (1, 49)

Ahora bien, el proceso de consolidación del seguimiento de los cinco primeros discípulos (Andrés, el otro discípulo, Pedro, Felipe y Natanael), viene a ser culminado con la respuesta de motivación a la fe en Jesús, mediante la invitación “has de ver cosas mayores” (1, 50).

---

<sup>20</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 78.

Fe que será confirmada y enriquecida por medio de los signos, ya que en estos Jesús manifiesta su gloria y los discípulos creen en Él (2, 11).

En conclusión, el testimonio del Bautista y luego el de los discípulos suscita el deseo de un encuentro personal y cercano con Jesús. Encuentro que despierta la inquietud para hacer parte de un itinerario de seguimiento. Sin embargo, este proceso de seguimiento sólo es posible en un ambiente eclesial, donde se logra entrar en relación cercana y personal con el maestro que hará surgir una auténtica respuesta de seguimiento. Así el discipulado tiene su punto de partida no desde una vocación, sino desde una respuesta que surge por el testimonio y que busca fundamentalmente el compromiso del discípulo para asumir la misión de anunciar la verdad sobre Jesús.

El encuentro con Jesús, “venid”, se culmina con una visión “y lo veréis” (1,39), el cual llega a constituir una nueva manera de seguimiento que rompe los paradigmas del hombre, quien primero exige garantías (ver) para luego comprometerse (ir). Es necesario primero el compromiso libre y voluntario, sin exigencias con la total confianza en Jesús. Así la fidelidad tendrá como fruto un verdadero conocimiento de Cristo.

Se trata de caminar con Jesús, en una entrega incondicional que se da por medio de la fe, la cual se irá acrecentando. En definitiva, iniciarse en el seguimiento de Jesús implica estar dispuesto a volver a nacer<sup>21</sup> como le propone Jesús a Nicodemo, un nuevo nacimiento en el Espíritu como elemento fundamental para entrar en la comunidad del Reino de Dios (3,5), en la comunidad de discípulos.

### 2.3 El ministerio de Jesús con sus discípulos

Luego del testimonio del Bautista y del seguimiento de los primeros discípulos, se da inicio al ministerio público de Jesús. Allí, el evangelista presenta a los discípulos al lado de Jesús desde el mismo momento que inicia su actividad pública, mientras que en los sinópticos los

---

<sup>21</sup> Cfr. Destro, *Cómo nació el cristianismo joánico*, 52.

discípulos son llamados al seguimiento sólo después que Jesús ha iniciado su ministerio (Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11). Por otra parte, es de resaltar la discreta participación de los discípulos a lo largo del ministerio de Jesús en el Cuarto Evangelio, comparado con los sinópticos, donde luego del llamado éstos asumen un papel más protagónico con intervenciones constantes en el ministerio de Jesús (Mt 8, 21. 9,10; Mc 2,23. 3,7...).

La actividad pública que realiza Jesús en el Evangelio de Juan, se ubica en un esquema particular propio de la tradición joánica, a lo largo de siete signos: las bodas en Caná (2,1-12), la curación del hijo del funcionario (4,43-54), la curación de un paralítico (5,1-18), la multiplicación de los panes (6,1-15), el caminar de Jesús sobre las aguas (6,16-21), la curación de un ciego de nacimiento (9,1-41) y la resurrección de Lázaro (11,1-41).

Estos signos, tienen como finalidad el continuar revelando y con mayor profundidad la verdadera identidad de Jesús, como Hijo de Dios. Intencionalidad que desde el inicio del Evangelio ha sido evidente, lo cual es bastante desemejante con los sinópticos, donde el mismo Jesús insiste en la necesidad de mantener en reserva su identidad (Mt 8,4; 1, 34. 3,12; Lc 4,41), lo cual se conoce como el secreto Mesiánico. Sin embargo, la intencionalidad de Juan rápidamente traerá sus consecuencias: la aceptación por parte de quienes creen y llegan a hacerse sus discípulos, por los signos que realiza (2, 22-23) y el rechazo por parte de quienes no creen (los judíos), pues no aceptan el testimonio sobre Jesús (1,11b).

La aceptación de Jesús como el Cordero de Dios, por parte de quienes creen y el rechazo de quienes no creen en Jesús como Hijo de Dios, se constituye en un tema determinante a lo largo de toda la primera parte. Algunos le acogen, otros por su parte van acrecentando su indiferencia y antipatía por todo lo que contiene su mensaje. Ya desde el prólogo se manifiesta esta realidad de rechazo y acogida (1,11-12) y que a lo largo del Evangelio es simbolizada mediante un lenguaje dualista: luz y tinieblas, creer y no creer, espíritu y carne, celeste y terrestre... Rechazo surge por parte de quienes habitan en las tinieblas, mientras que quienes le acogen habitan en la luz, porque la luz brilla en las tinieblas (1,5a). Los que acogen su mensaje son los Hijos de Dios que nacen “no de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios” (1,13).

Los signos a lo largo del ministerio, a la vez que van progresivamente manifestando la identidad de Jesús y así llevando a muchos a la fe, son también motivo de un creciente rechazo, inclusive de algunos de sus mismos discípulos quienes llegan a apartarse del seguimiento (6,66)

Ahora bien, el inicio del ministerio de Jesús con sus discípulos, se da mediante un signo en Caná de Galilea (2,1-12). Allí convierte el agua en vino porque se les ha agotado a los anfitriones la bebida para la fiesta de boda. Pero, más que pretender suplir una necesidad, el evangelista quiere evidenciar por medio de este signo quién es en verdad Jesús, pues allí manifiesta su gloria y provoca la reafirmación de la fe de los discípulos (2,11).

En el segundo signo realizado también en Caná, el de la curación del Hijo del funcionario (4,43-54), provoca la fe de una familia completa. Un tercer signo, la curación del paralítico en la piscina Betesda (5,1-18) provoca la fe de este hombre quien luego va a dar testimonio sobre Jesús ante los judíos. Testimonio que inmediatamente acrecienta el rechazo por parte de los judíos sobre Jesús, que inclusive les lleva a maquinarse su muerte (5,18). No obstante, el motivo principal de su odio hacia Jesús, se da a razón de que quebranta el sábado, pero, principalmente porque se atrevía a llamar a Dios, Padre (5,10-18).

La presencia de los discípulos a lo largo del ministerio poco se hace evidente, aparecerán nuevamente en un monte (6,3) donde se desarrolla el signo de la multiplicación de los panes (6,1-15). Allí intervienen de manera particular dos de sus discípulos: Andrés y Felipe (6,5.8) quienes le han seguido desde el principio. A partir de este signo se desarrolla un discurso que exige la profunda fe de quienes se han integrado al discipulado. Más que buscar saciar el hambre mediante un alimento perecedero, Jesús se manifiesta como el verdadero alimento que da la vida eterna (6,26b-27). Él es el pan que ha bajado del cielo y da la vida al mundo (6,33), y este nuevo pan es su misma carne (6,51b).

En el mismo contexto del anterior signo, Jesús se manifiesta sólo a sus discípulos caminando sobre las aguas (6,16-21). Signo que se entiende como una verdadera epifanía fundamenta a partir de la fórmula “egô eimi”, tan significativa a lo largo de todo el Evangelio, y que hace alusión a la expresión del Éxodo “Yo soy el que soy” (Ex 3,14). Por lo tanto, allí se subraya la majestuosidad y divinidad de Jesús, a partir de la identificación

con el “Yo soy”, con su Padre. Nuevamente sus palabras son causa de escándalo e increencia por parte de los judíos (6,52), pero también para algunos de sus discípulos, ya que les cuesta entenderlas y por consiguiente creer en Jesús (6,64).

En el relato del ciego de nacimiento que es el sexto signo, los discípulos le preguntan a Jesús sobre la responsabilidad del pecado como origen de la ceguera (9,1). La respuesta de Jesús les lleva a ver un poco más allá de su concepción de la enfermedad como consecuencia del pecado, pues “se aparta de esa opinión para ver la curación como una manifestación de la llegada de la luz al mundo”<sup>22</sup>. Ya que se trata de manifestar la obra de Dios (9,3b), presente y actuante en la persona de Jesús.

Finalmente el séptimo signo, surge en el contexto de la invitación de Jesús a sus discípulos para ir donde su amigo Lázaro, quien se encontraba enfermo (11,3.7-9). Éstos temen por sus vidas, pues saben que allí los judíos pueden matarle, intuyen la muerte de Jesús y también su misma muerte. A pesar de ello, deciden asumir las consecuencias como lo hace notar Tomás “vamos también nosotros para morir con Él” (11,16). Allí ocurre el último signo, el de la resurrección de Lázaro, donde nuevamente manifiesta su gloria (11,40) y ocasiona la fe en muchos de los mismo judíos (11,45), sin embargo éste será la última razón que lleva a la decisión definitiva de darle muerte (11,53).

De esta manera, el ministerio público de Jesús con sus discípulos culmina con la entrada mesiánica en Jerusalén (12,12-19), donde ante la inminente llegada de la hora de su glorificación (12,20-26) se turba y ora pidiendo al Padre, “líbrame de esta hora” (12,27-28). La tristeza y sufrimiento que expresa Jesús al Padre mediante la oración, son expresión de la decepción e increencia definitiva de muchos, pues a pesar de todos los grandes signos que ha realizado en público, aún seguían sin creer (12,27), esto ratifica la insistencia del Evangelio, en que sólo alcanzarían la fe después de la resurrección (2,22) con la glorificación (12,16).

La renuncia de muchos discípulos a la experiencia de seguimiento, es manifestación del progresivo rechazo, configurando así “dos bloques antagónicos que permanecerán hasta el

---

<sup>22</sup> García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 153.

final del Evangelio: los discípulos que creen en Jesús, y los judíos que le rechazan”<sup>23</sup>. No obstante, hay quienes como José de Arimatea (12,42) se arriesgan a creer en Jesús en secreto, a pesar de las consecuencias que la fe pueda representar (8,31).

Una vez más el evangelista, nos muestra lo contradictorio de la persona de Jesús, porque a pesar de los signos que pretendían revelar su verdadera identidad, para algunos fueron motivo de increencia, mientras que para sus discípulos fue todo una iniciación que posibilitó reanimar y afianzar su fe, llevándoles a conocer aún más quién era en verdad Jesús.

#### 2.4 ¿Quién puede llegar a ser discípulo de Jesús?

Uno de los rasgos particulares del Evangelio de Juan con relación al tema del seguimiento, es la manera como se llega a ser discípulo de Jesús. Los Evangelios Sinópticos resaltan el llamado de Jesús como elemento preponderante para iniciarse en el discipulado, que también lo refiere el cuarto Evangelio pero sólo en dos ocasiones: el llamado a Felipe (1,43) y el llamado a Pedro (21,19.22), como anteriormente se mencionaba.

Los Evangelios Sinópticos, ubican el inicio del discipulado en el llamado que hace Jesús a un número de personas en particular, doce a quienes llama por nombre propio (Mt 10,1; Mc 3,14; Lc 6,13). Grupo selecto que se ubica en un nivel cercano a Jesús. Por su parte en el Cuarto Evangelio, no se hace mención a este grupo, en pocas ocasiones se nombra a los doce pero, con una connotación bastante pesimista y negativa (6,67; 6,71).

La acentuación que hace el Evangelio de Juan, sobre la manera como se llega a ser discípulo se da con relación a la respuesta de la persona por el testimonio que ha escuchado sobre Jesús. A partir del testimonio se configura una respuesta de fe que se expresa en la

---

<sup>23</sup> Montes, *Tras las huellas de Jesús*, 324.

iniciativa de llegar a vincularse al seguimiento. En este sentido, el creer en Jesús es el elemento fundamente que lleva a la persona a tomar la decisión de seguirle.

La aceptación del testimonio del Bautista (1,29-36) posibilita el seguimiento de los dos primeros discípulos, quienes creyeron en su testimonio y han decidido seguir a Jesús (1,37). Estos a su vez serán encargados de dar testimonio ante Pedro (1,40-41), por el cual llega a creer y que finalmente será llamado al seguimiento (21,19.22). Un cuarto discípulo Felipe, llamado por el mismo Jesús (1,43), cree en sus palabras y se constituye también en testigo ante Natanael (1,45). Este último al escuchar el testimonio de Felipe, en un primer momento tiene una reacción de incredulidad, al considerar que de Nazaret no puede salir nada bueno (1,46), pero, finalmente conoce a Jesús (1,47) cree y profesa su fe (1,49).

Ahora bien, pareciera que el grupo de discípulos del Evangelio de Juan, es el mismo que menciona los Evangelios Sinópticos, no obstante la tradición joánica no manifiesta un grupo cerrado de seguidores, pues su énfasis no está en un número determinado, sino en la fe de la comunidad<sup>24</sup> (20,31). Por lo tanto, es preciso decir que la opción de seguimiento no es un privilegio de unas personas en particular; es una opción abierta para todo aquel que crea verdaderamente en Jesús, por ello quienes no creen se excluyen simultáneamente del discipulado (6,66), pero, aquellos quienes crean y se mantengan firmes en su palabra serán verdaderamente discípulos de Jesús (8,31)

Esta amplia posibilidad de que muchos lleguen a ser sus discípulos, se evidencia en algunos pasajes en particular que hacen referencia directa a un grupo más amplio y con nuevos integrantes diferentes a los doce: el ciego de nacimiento, pues los mismo judíos dicen que ya hace parte de los discípulos de Jesús (9,28); también está José de Arimatea, que también es mencionado como discípulo aunque de manera oculta (19,38), sin embargo va y recoge el cuerpo de su maestro. Finalmente se menciona un grupo más amplio de quienes no se describe su identidad (6,60).

A partir de lo anterior, es claro pensar que para el Cuarto Evangelio los discípulos no son sólo doce, sino todos aquellos que han llegado a creer en Jesús, pues la exigencia fundamental para llegar a ser discípulo es creer en Él y mantenerse fiel a su palabra (8,31b).

---

<sup>24</sup> Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 61.

La fidelidad como característica fundamental de alcanzar la verdad plena, mientras que la infidelidad será la renuncia al discipulado (6,66). Con lo cual es evidente que la opción de seguimiento está abierta para toda persona que decide creer verdaderamente en Jesús.

Por ello, el el discípulo deberá estar en la luz (8,12), fiel a las enseñanzas del Maestro (8,31; 15, 17), fidelidad que solo puede darse a partir del creer en el enviado del Padre (3,16;) con lo cual el discípulo llegará a asegurar su vida tanto la presente como la futura (5,24). Pues, el que cree en el Hijo del hombre tendrá la vida eterna, pero el que se resiste no verá la vida (1,36)

En efecto, creer en Jesús es algo vital en la comunidad joánica por ello, los siete signos presentados a lo largo de la primera parte tenían como finalidad el revelar a Jesús y de esta manera llevar a la fe a muchas personas. Quienes le han reconocido llegaron a creer en Él y a ser sus discípulos (2,11) mientras que el rechazo por parte de los judíos quienes no le reconocen como el Cristo (5,18), como el enviado del Padre (5,38-39.43), fue obstáculo para creer a pesar de los signos que había realizado (12,37.), pero también para ser parte de la comunidad.

En conclusión, el proceso iniciático no está dado por un conjunto de normas y criterios que el discípulo deba seguir. Los testimonios, los signos, diálogos y las palabras, tienen como fin el manifestar su identidad como enviado del Padre (5,36), que llevarán al creyente a un encuentro profundo con Jesús, que permitirá conocerle en verdad (1, 39). Este itinerario es un momento de clarificación de la fe para ser verdaderos discípulos. De esta manera sólo quienes han sido fieles en su palabra, y han creído, son separados de los demás, para recibir una formación fundamental, basada en el amor ilimitado que les demuestra Jesús y que tendrá su manifestación más plena en la cruz.

El lavatorio de los pies (13,5), como signo de lo que deberán hacer los discípulos con los demás (13,14-15). El amor verdadero entre los hermanos como Él se los ha manifestado (13,34), por el cual les identificarán como discípulos suyos (13,35). Pero, para ser discípulos será fundamental y una exigencia el permanecer en la fidelidad a Jesús, unidos como el sarmiento a la vid para poder dar buen fruto (14,4-5).



## CAPÍTULO II

### 3. FORMACIÓN

La actividad ministerial que Jesús ha realizado ante un público diverso, ha llegado a su fin, como desenlace ante la constante obstinación de incredulidad (12,37-40) manifestada principalmente por los dirigentes religiosos, para quienes queda cerrada la revelación (12,36b). Lo cual obedece a la dinámica de rechazo y acogida a las palabras de Jesús (1,11-12). Rechazo por las obras que Jesús realizaba, pero, fundamentalmente porque “llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose así mismo igual a Dios” (5,18). Y acogida por parte de quienes creyeron en sus palabras, dándoles así el poder de hacerse hijos de Dios (1,12).

El cambio de situación que señala el evangelista, entre el ministerio de Jesús (libro de los signos 1,19-12,50) y el encuentro con sus discípulos (libro de la gloria 13,1-20,31), se da a partir de la transición que se evidencia entre el final del capítulo 12 y el inicio del capítulo 13, donde el anuncio de Jesús deja de estar dirigido a todo tipo de personas, para ser exclusivo de sus discípulos<sup>25</sup>.

El inicio de esta segunda parte, se da en torno a la inminente llegada de la hora de Jesús (13,1); la hora de enfrentar su pasión y muerte (c. 18-19), que se constituye en la vuelta al Padre<sup>26</sup>, *la hora de que sea glorificado el hijo del hombre* (12,23b). Ante la proximidad de su partida, Jesús decide compartir con los suyos (13,1) una cena de despedida antes de la fiesta de la pascua (13,1-2), pues la partida de Jesús podría generar un gran vacío en la fe de sus seguidores, razón por la cual les advierte todo lo que pronto sucederá para que cuando suceda lo puedan entender, y así sea motivo de fe y no de increencia (13,19). No obstante, hay que decir que todo lo que vivieron junto a Jesús y lo que les enseñó hasta el final de su vida, sólo lo llegarían a entender después de su muerte, con la resurrección (2,22; 13,7).

---

<sup>25</sup> Cfr. Noratto, *La venida de Cristo según San Juan*, 62.

<sup>26</sup> Cfr. *Ibid.*, 43.

El encuentro en torno a la cena antes de la fiesta de pascua, se articula en dos secciones principales: la cena (13,2-14,31) y los discursos de despedida (15,1-17,26), temas que se desarrollan en una sola noche, en un único episodio.

Como primer momento, durante la cena Jesús les manifiesta mediante el lavatorio de los pies, el servicio como constitutivo de la comunidad que deberán imitar (13,4-15). En un segundo momento, desarrolla dos discursos de despedida (14,1-31, 15,1-16,33)<sup>27</sup> que articulan y explicitan todo lo que pronto le sucederá: su pasión, su muerte, resurrección y su glorificación<sup>28</sup>. Discursos cuyo contenido fundamental está dado a partir de algunas enseñanzas que deberán configurar a la comunidad y por las cuales les reconocerán (13,35). El mandamiento del amor recíproco entre los discípulos (13,34-35; 15,12.17), como signo del amor entre el Padre y el Hijo (15,9); la exigencia de permanecer unidos en la fe en Jesús, única forma que el seguimiento dará verdaderos frutos (15,5.10), enseñanzas que permitirán a los discípulos hacer frente a los riesgos a que se verán enfrentados (15,18-27);

Los anteriores elementos formativos transmitidos a los discípulos, se constituyen en mandatos que deberán vivir después de su partida, sin embargo para su cumplimiento Jesús mismo pedirá al Padre la presencia del Paráclito<sup>29</sup> (14,15-18; 16,7-15). Petición que “anticipa el tiempo en que vendrá el Espíritu Santo como el otro Paráclito”<sup>30</sup>, quien estará siempre en medio de la comunidad para manifestar la comunión entre Jesús y sus discípulos después de su partida. Quien les recordará todo lo que Jesús les había manifestado (14,26) y les enseñará toda la verdad, como presencia del Padre y Jesús, en aquellos en quienes le aman (14,23)<sup>31</sup>

---

<sup>27</sup> Cf. Ibid., 69.

<sup>28</sup> Cf. Ibid., 65.

<sup>29</sup> Cf. Παράκλητος palabra griega que aparece en el NT, sólo en el Evangelio de Juan: cuatro veces (Jn 14,16.26; 15,26; 16,7) en los discursos de despedida y una vez en 1Jn 2,1. El Paráclito es el mismo Espíritu Santo, que en Juan se le describe como el auxiliador, el protector y posteriormente se interpretó como el consolador. Tomado de: Ausejo, *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: Editorial Herder, 1981. 1436.

<sup>30</sup> Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 76.

<sup>31</sup> Cf. García, *El cuarto Evangelio historia, teología y relato*, 182.

### 3.1 El servicio como realización del discipulado

El encuentro que tiene Jesús con sus discípulos, surge como iniciativa suya apartándose de la multitud, para dedicarse de manera exclusiva a quienes le han acompañado a lo largo de su ministerio. Él sabe el destino que le espera, por ello antes de que suceda decide transmitirle a sus discípulos algunas enseñanzas que fundamentarán la vida en comunidad después de su partida, por las cuales les reconocerán (13,35). Éstas sintetizan todo lo que ha hecho por ellos a lo largo de su ministerio, siendo así preludeo del amor extremo que les manifestará en la cruz (13,1b).

Ahora bien, el discipulado en el Nuevo Testamento se caracteriza de diversas maneras pero, específicamente en el Evangelio de Juan adquiere una connotación particular. A partir del gesto que realiza Jesús con sus discípulos de lavarles los pies (13,4-12) durante la cena. Este gesto que en el contexto de la cena de despedida, ha sido entendido como sustitución de la Eucaristía<sup>32</sup>, claro está que dicha tesis no posee suficientes argumentos que la respalden<sup>33</sup>. También ha sido entendido como referencia simbólica a la muerte de Jesús<sup>34</sup>, como acción ritual que anticipa lo que pronto sucederá. Por otra parte, expresa una nueva manera de relacionarse en la comunidad, un nuevo modelo que deberá constituirse en norma de vida entre los discípulos<sup>35</sup>, a ejemplo del Maestro quien ha entregado su vida por ellos.

Además de la importancia que adquiere el gesto al ser realizado por Jesús, también es de resaltar su ubicación dentro de la cena, ya que el evangelista lo sitúa durante el desarrollo de ésta y no al inicio como era lo habitual.<sup>36</sup> Quiere esto decir, que cambia significativamente su sentido, de modo que se constituye en rito introductorio de los discursos formativos que desarrollará a continuación.

---

<sup>32</sup> Cfr. Ibid., 174.

<sup>33</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 47.

<sup>34</sup> Cfr. Ibid., 45.800-803.

<sup>35</sup> Cfr. Destro y Pesce, *Cómo nació el cristianismo joánico*, 102.

<sup>36</sup> Cfr. Ibid., 77.

Durante el transcurso de la cena, Jesús se dispone a la realización del gesto que se constituye básicamente en el lavado de los pies de cada uno de los asistentes, asumiendo una postura inferior frente a sus discípulos, la cual es causa de indignación para Pedro. Reacción que puede entenderse como gesto de respeto a su Maestro, pero fundamentalmente evidencia la incompreensión sobre el significado del gesto, por ello sólo lo entenderá más adelante (13,7). La respuesta de Jesús ante la objeción de Pedro, hace que el gesto se constituya en una exigencia para los demás discípulos, pues al igual que Pedro, si no se dejan lavar los pies, no tendrán parte con Él (13,8), quedando así excluidos de la propuesta que les está haciendo.

Ahora bien, la comprensión de Pedro se da en cuanto lo entiende meramente desde un sentido temporal, de ahí que rápidamente se opone a que Jesús realice el gesto, pues le parece ilógico que su Maestro se rebaje a tal condición de siervo. Lo habitual sería que un esclavo les lavara los pies a los invitados, o el señor de la casa, como lo manifiesta el Evangelio de Lucas (7,44). Así mismo, la incompreensión e increencia se manifiesta en la afirmación primaria de estar dispuesto a dar la vida por Él (13,37), que rápidamente es desmentida por Jesús, al profetizar que pronto le negara afirmando no conocerle (13,38).

La incapacidad para comprender a Jesús que se extiende a otros discípulos (13,21b; 14,5; 14,8), contrasta con todo lo que Jesús les ha enseñado. Sin embargo, esta realidad se constituye en el rechazo de las tinieblas que se oponen a la luz<sup>37</sup>, que sólo será superada mediante la venida del Espíritu Santo, quien les daría a comprender todo lo que Jesús les enseñó y lo que debía sucederle (14,26; 16,12s.25.29-32).

Ahora bien, resulta pertinente indagar sobre cuál es el sentido del gesto. Es claro que no se trata solamente de una simple inversión de estatus transitorio como lo entendió Pedro, donde Jesús asume un rol de inferioridad frente a sus discípulos. Dado que el sentido de la acción de lavarles los pies no recae sobre Pedro sino sobre Jesús, pues no se dice “Si no te dejás lavar los pies”; sino “Si yo no te lavo los pies”, lo cual supone una acción salvífica de parte de Jesús y un ejemplo a imitar<sup>38</sup>. De esta manera debe entenderse en el sentido literal,

---

<sup>37</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 38.

<sup>38</sup> Cfr. *Ibid.*, 802.

pues el valor no recae sobre la repetición material de éste, sino sobre el valor de servicio y entrega por amor a los demás.

Ahora los discípulos deben hacer lo mismo con los demás (13,14); pues se trata de “imitar la auto-donación; norma de vida y comportamiento para la comunidad<sup>39</sup>”. Así mismo, éste gesto se constituye en un rito que introduce a los discípulos en la comunidad<sup>40</sup>, a partir del vínculo profundo entre Jesús y sus discípulos, y por consiguiente entre los miembros de la comunidad donde se debe vivir el amor entre los hermanos. Ya que significa el mayor acto de amor oblativo de Jesús, al entregar su vida en la cruz por amor a los suyos<sup>41</sup> (1,13), que permitirá que estén en el mismo lugar donde Él estará (12,26; 14,3; 17,24) y así llegarán a ser partícipes de su gloria (17,22.24).

En consecuencia, el gesto comporta unos efectos que deberán vivirse en medio de la comunidad. Ahora el discípulo está capacitado para asumir un compromiso de entrega y servicio a ejemplo de su Maestro. Además, da fundamento a la experiencia discipular no ya desde una condición de subordinación entre esclavo y señor, pues el esclavo no sabe lo que hace su señor, quedando así abolida toda condición servil que podría tener un discípulo<sup>42</sup>. Ahora sus discípulos saben quién es su Maestro y qué es lo que hace; configurándose así una nueva relación desde la amistad (15,15).

Finalmente, el gesto de lavarle los pies sintetiza la realización del discipulado en tanto que cada discípulo entra a hacer parte de la comunidad de seguidores, llamados a ser servidores de los demás según el mandato que Jesús les ha hecho “también vosotros haced como yo he hecho con vosotros” (13,15).

---

<sup>39</sup> Moloney, *El Evangelio de Juan*, 389.

<sup>40</sup> Cfr. Destro y Pesce, *Cómo nació el cristianismo joánico*, 85.

<sup>41</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 40.

<sup>42</sup> Destro y Pesce, *Cómo nació el cristianismo joánico*, 96.

### 3.2 Permanecer en Jesús

Una de las características particulares que menciona el evangelista y que se resaltan en el desarrollo de la cena, es la intervención negativa de algunos discípulos en particular. Reacción que evidencia el debilitamiento en la fe, por la incompreensión y traición sobre Jesús. Ante esta situación se presentan los discursos que desarrolla a continuación buscando reanimar y fortalecer la fe de sus seguidores.

El inicio de su discurso, luego del anuncio de la traición de Judas y las falsas promesas de Pedro, tiene como objetivo el fortalecer una fe que aún presenta grandes vacíos tal vez por la misma cerrazón de los discípulos al igual que muchos judíos. En este sentido, la primera exhortación gira en torno a hacerles entender que si en verdad creen en Dios, también deberían creer en Jesús (14,1). Señalamiento que deja entrever a una comunidad discípula débil y frágil en su fe.

Durante el trascurso de la cena, resulta desconcertante la reacción de oposición e incompreensión por parte de algunos de sus discípulos (13,6; 13,21b.26; 14,5-7; 14,8-10) ante sus palabras. Pedro, quien ante el signo que pretende realizar Jesús de lavarles los pies, se niega a dejárselos lavar, pues no logra comprender el sentido de éste (13,6); Judas Iscariote, revelado como el traidor pues entregará a su Maestro para ser condenado en la cruz (13,21b.26); Tomás, quien después de todo un proceso de seguimiento junto a su Maestro, no comprende a dónde va Jesús, pero tampoco ha logrado entenderle como único camino para ir al Padre (14,5-6). Finalmente está Felipe, dejando en claro por sus palabras que aún desconoce quién es Jesús, pues le exige un signo para poder creer en él (14,8).

Las anteriores reacciones y comportamientos en algunos de sus seguidores, resultan decepcionantes para su Maestro, por ello les reprocha ya que si no creen en sus palabras, al menos deberían creer en la obras que ha realizado (14,11b). De esta manera, hay una imposibilidad de ver la presencia de Dios en el Jesús terreno, y esto se debe fundamentalmente a la manera como creen en Jesús, pues “para ver al Padre en Jesús, se necesita también la mirada contemplativa de la fe”.

La mención que hace el evangelista sobre estos discípulos en particular, deja entrever la concepción que tenían de Jesús antes de su pasión<sup>43</sup>. Ya desde el inicio del Evangelio, se deja en claro que los discípulos sólo llegaron a creer en Jesús verdaderamente después de su muerte, con la resurrección (2,22; 12,16). Pues, sólo la presencia del Espíritu Santo, les ayudaría a entender todo lo que Jesús ha hecho (14, 26; 16,12.25.29-32). No obstante, esto es posible entenderlo, a partir de la comunidad joánica a la cual está dirigido el Evangelio; una comunidad que se ubica sesenta años después de la muerte de su maestro, de unos creyentes que no comprenden su seguimiento, fuera de la referencia a Jesús.

El capítulo catorce es aún más claro en señalar esta realidad de increencia, pues en repetidas ocasiones se reitera la urgente necesidad de creer en Jesús. Es claro que los discípulos podrían estar turbados en su corazón (14,1) por lo que pronto sucedería, pero más que necesitar un acto de consolación, Jesús les hace un reproche ya que si dicen creer en Dios, también deberían creer en Él (14,1b), puesto que Él está en el Padre y el Padre está en Él (14,11). Ya que el Padre que permanece en Jesús es quien realiza las obras (14,10), por las cuales al menos deberían creer (14,11). Resulta dicente, que sea el mismo reproche que anteriormente había hecho a los judíos a lo largo de su ministerio, porque no creían en Él (10,37).

Jesús les aclara con anticipación para que comprendan todo lo que tendrá que padecer y así cuando suceda no se desanimen, ni se acobarden (14,1.27b) y caigan en la infidelidad. Por el contrario, el desenlace de la vida de Jesús, deberá ser medio para llegar a creer aun más (14,29) apoyados en la promesa de su pronto retorno (14,3.18-20.23.28). Pues, su partida constituye “el comienzo del tiempo del Paráclito”, por petición del mismo Jesús ante el Padre (14,16-17), quien acompañará a la comunidad por siempre.

Ahora bien, dado que la fe de los seguidores puede derrumbarse, Jesús les invita a dirigir su mirada a Dios, para que se abandonen en Él y sólo así podrán afianzar la fe en Él. Sin embargo, la fe en Dios sólo puede darse a través de su Hijo, en tanto que es el camino, la verdad y la vida, y nadie puede ir al Padre, sino por medio suyo (14,6-7). El único camino que tienen los discípulos para ir y conocer al Padre, en tanto que quien le ha visto, ha visto

---

<sup>43</sup> Cfr. Schnackenburg, *El Evangelio según san Juan*, 84.

al Padre (14,9). De esta manera deja en claro la simultaneidad que debe darse en la fe, pues creer en Dios implica creer en Jesús y creer en Jesús implica creer en el Padre.

El creer en Jesús, se concretiza en la experiencia del amor, tema que constituye la segunda parte de este capítulo, donde el amar a Jesús y cumplir sus mandamientos, comporta una promesa: la petición del Espíritu Santo, como presencia divina que habitará en la comunidad de seguidores. Nueva presencia de Jesús, quien como el otro paráclito (14,17-21), habitarán Junto con el Padre en la comunidad de discípulos (22-24).

Aunque el punto de partida del seguimiento exige la fe en Jesús, no basta con decir que se cree en Él. En este sentido, el discurso del capítulo quince viene a hacer énfasis en la necesidad de permanecer en Jesús (15,4<sup>(3x)</sup>.5.6.7) y en su amor (15,9.10). El verbo μέωο=méno, que significa permanecer<sup>44</sup>, o habitar o morar permanentemente<sup>45</sup>, de gran importancia para el Cuarto Evangelio, ya que de las 118 veces que aparece en el N.T., 40 se encuentra en el Evangelio de Juan<sup>46</sup>. Tema que es desarrollado ampliamente mediante la alegoría de la vid y los sarmientos (15,1-17), donde se manifiesta la relación permanente entre el Padre y el Hijo, y por consiguiente se constituye en exigencia fundamental para el discípulo, llamado a permanecer en Jesús. De esta manera se señala un estilo de vida particular caracterizado por el vínculo que debe existir entre los discípulos y Jesús, como vínculo fundamental para que el seguimiento de verdadero frutos.

Entonces, vemos cómo la imagen de la vid que utiliza Jesús para transmitir esta enseñanza, se relaciona directamente con la imagen veterotestamentaria de la vid como figura del pueblo de Israel (Os 10,1ss; Is 5,1-7; 28,2-5; Jr 2,21s; Ez 15,1-8...). Sin embargo, en este contexto adquiere una connotación nueva y desafiante. Jesús, en sentido metafórico se postula como la nueva vid, pero con un adjetivo particular que le da un énfasis más fuerte a la comparación, “yo soy la vid verdadera” (15,1). Es clara la diferencia con la antigua vid, el pueblo de Israel, de tal manera que no admite comparación. No es otra vid, Él es la verdadera y auténtica, sustituyendo así al pueblo de Israel de manera definitiva como la

---

<sup>44</sup> Cfr. Noratto, *La venida de Cristo según San Juan*, 137.

<sup>45</sup> Cfr. *Ibid.*, 138.

<sup>46</sup> Cfr. *Ibid.*, 138.



antigua vid. Esta sustitución tiene su origen a partir de la situación de infidelidad del pueblo de Israel, mientras que Jesús se mantendrá fiel a su Padre hasta la cruz.

Jesús ahora es la nueva vid, en la cual deberán permanecer que se constituye en la comunión: “realidad invisible que se expresa en la vivencia del amor mutuo entre los discípulos, quienes están llamados a caracterizar la verdadera vid, después de su partida: la Iglesia”<sup>47</sup>. Así la comunión, se constituye en característica particular que le da identidad al discipulado.

La metáfora de la vid, de igual manera viene a señalar la realidad de fidelidad e infidelidad que puede darse en la comunidad. Por ello, quienes permanezcan unidos a Jesús deberán ser sometidos a la poda (15,2b), como acción que buscará afianzar la fe. Por otra parte, están quienes han caído en la infidelidad por su increencia, los cuales corren el destino fatal de ser cortados definitivamente como la vid del sarmiento, que significa ser separados de la comunidad (15,2a). Lo anterior manifiesta el “juicio que provoca contra sí mismo el discípulo que se separa de Cristo”<sup>48</sup>

Ahora bien, a pesar que los discípulos están limpios por la palabra que han escuchado de su Maestro (15,3), necesitan permanecer en Jesús, para que el seguimiento dé verdaderos frutos. La permanencia en la vid, se constituye en la sabia fundamental que alimenta el discipulado, de esta manera la fecundidad de los discípulos se da sólo en virtud de la unidad y fidelidad en la comunión íntima con Cristo.

Por otra parte, la permanencia en Jesús tiene como objetivo el manifestar el tipo de relación que existe entre el Padre y el Hijo, y el Hijo y los discípulos. Por ello, “quien desee seguir a Jesús (12,26) debe renunciar a la propia voluntad, escuchar la palabra del Maestro (13,36ss) y dejarse conducir incluso a donde no quiere (21,28)”. En este sentido, el permanecer unidos a la vid, se constituye en un mandato para quienes decidan hacer parte de la comunidad de discípulos, que comporta a su vez la exigencia de llegar a dar frutos (15,2), pues de lo contrario el discípulo deberá asumir como consecuencia el ser separado de la comunidad (15,2a).

---

<sup>47</sup> Mercier, *El Evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba*, 210.

<sup>48</sup> Schnackenburg, *El Evangelio según san Juan*, 135.

Por lo tanto, la no permanencia en Jesús ocasiona una ruptura con la comunidad de manera definitiva (15,2), quedando excluido abocado a su destino fatal (15,6). Mientras que la fidelidad tiene como promesa el llegar a dar fruto abundante (15,5b). Pero, además ocasionará la cohabitación mutua de Jesús en la comunidad y de ésta en Jesús, de tal manera que cuanto le pidan lo recibirán (15,7).

### 3.3 La señal inequívoca del discipulado: el amor

Otro de los temas fundamentales que constituye la doctrina de Jesús es el mandamiento del amor, ya prefigurado en el lavatorio de los pies<sup>49</sup>. El mandamiento del amor desarrollado en la segunda mitad del capítulo 15, se constituye en el fruto del discipulado que brota de la fidelidad en Jesús, que debe vivir el discípulo que ama a su Maestro (14,15).

Ya desde el inicio del libro de la gloria, el evangelista introduce todo el desarrollo de la cena a partir del tema del amor, como fundamento de todo lo que hizo Jesús por sus discípulos, pues “los amó hasta el extremo” (13,1b). Referencia que sintetiza la acción del Maestro en medio de sus discípulos y que como tal se constituye en ejemplo que deberán vivir los unos con otros (13,15). Por primera vez, el evangelista hace un señalamiento directo a imitar a Jesús<sup>50</sup>, sin embargo, esta imitación no ha de entenderse como un comportamiento meramente teórico que han escuchado de Jesús y que deben repetir. Pues, la imitación se constituye a partir de una experiencia vital de la cual Él mismo es garante: la muerte de Jesús es el servicio supremo a todos los hombres: “*os he dado ejemplo*”. En ello está la norma de vida cristiana.

Antes de su inminente partida, Jesús les enseña un nuevo mandamiento, “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros.” (13,34-35). Precepto fundado en el amor que el Padre ya le ha expresado a su Hijo (15,9), y por consiguiente el Hijo les expresará a sus

---

<sup>49</sup> Cfr. Destro y Pesce, *Cómo nació el cristianismo joánico*, 100.

<sup>50</sup> Cfr. Mercier, *El evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba*, 25.

discípulos, sus amigos (15,13). Y que el amor será la característica fundamental por la cual identificarán a los verdaderos discípulos (13,35), y que sólo es posible vivir a partir de la fidelidad a los mandamientos que les ha dado.

De esta manera, el mandamiento del amor expresa una nueva y auténtica forma de relación que se debe dar entre los discípulos, como Jesús lo ha hecho con ellos en la expresión del amor más grande de dar la vida por sus amigos (15,13). Que en efecto, parte de una nueva manera de relacionarse con ellos, aboliendo la distinción entre el maestro y discípulos para llegar a ser amigos. Relación que surge de la experiencia del amor, y que conlleva a una cercanía, a un encuentro profundo con Jesús.

En definitiva, la particularidad que presenta el Evangelio acerca del mandamiento del amor frente a las demás tradiciones donde se habla de amor al prójimo (Mc 12,31; 1 Ts 4,9; Ga 5,14; Rm 13,9), se da en cuanto que el Cuarto Evangelio, está haciendo referencia al amor que debe existir al interior de la comunidad discípula. Ante la ausencia de Jesús, el amor será la expresión viva de su presencia, pues no se trata de una relación moral, sino de una nueva posibilidad de vida<sup>51</sup>. Un estilo de vida que caracterizará a los seguidores de todos los tiempos, como testimonio inequívoco que de los verdaderos discípulos (13,35).

### 3.4 Riesgos del seguimiento

La muerte de Jesús en la cruz, sintetiza las serias implicaciones que conlleva la fidelidad a Dios. Su martirio en la cruz se constituye en paradigma que manifiesta a sus seguidores las consecuencias que deberán enfrentar, incluso de arriesgar su propia integridad física por ser fieles al proyecto de Jesús (15,20; 16,2).

En relación a lo anterior, el evangelista describe los riesgos que plantea el discipulado, a lo largo de la segunda mitad del capítulo 15. Donde se hace énfasis en el odio y la oposición del mundo a la comunidad joánica (15,18-25; 17,14-16), que ocasiona el sufrimiento en los

---

<sup>51</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 83.

discípulos (16,16-33). El odio del mundo como respuesta de oposición a la verdad, sin embargo, esta oposición ya está presente desde el inicio del ministerio de Jesús y a lo largo de todo el Evangelio, pero que ahora se hace evidente como realidad de la cual no serán excluidos los discípulos. La elección de Jesús por sus discípulos, los separa del mundo (15,19), motivo por el cual les odia (17,14), sin embargo, estarán en medio del mundo (17,15), donde enfrentarán toda clase de adversidades (16,33b).

La respuesta adversa del mundo, puede entenderse principalmente como oposición a la revelación de Dios manifestada en Jesús<sup>52</sup>. Pero, es de resaltar que allí quienes se relacionan con el mundo son los judíos, en tanto que no reconocieron a Jesús como el enviado de Dios (Cf. 8,19.27.39-47.54-55)<sup>53</sup>, a diferencia de Jesús quien está opuesto al mundo porque es de arriba (8,23), al igual que los discípulos (15,19), esto quiere decir que no pertenecen al mundo.

Ahora bien, el señalamiento que hace Jesús de los discípulos como no pertenecientes al mundo ¿de qué manera puede entenderse? La separación de los discípulos en relación al mundo, puede definirse en el sentido de que al haber sido llamados (15,19-16), tienen ahora la misión fundamental de “ser portadores de la Palabra de Dios y por ello permanecerán en oposición al mundo”<sup>54</sup>, separados de toda la realidad de incredulidad que caracteriza la oposición del mundo frente a la presencia de Jesús. En este sentido, la misión de los discípulos se verá caracterizada por la constante rivalidad y confrontación que el mundo les presentará.

El odio como respuesta del mundo, se da en razón de que los discípulos no son ya del mundo, sino de Jesús. En efecto, el ser parte de la comunidad de seguidores se constituye en referencia de persecución, de ahí que a Pedro en el momento del prendimiento de Jesús, rápidamente lo identifican como uno de sus discípulos (18,17.25). El mundo sólo ama lo que es suyo, pero los discípulos al haber sido llamados, han sido separados de este (15,16.19). Ahora bien, el señalamiento que hace Jesús sobre la oposición del mundo, evidencia que los discípulos no tendrán mejor suerte que la que Él afrontará camino a la

---

<sup>52</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 954.

<sup>53</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 440.

<sup>54</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 954.

cruz. Realidad de martirio que posteriormente enfrentarían no sólo los primeros discípulos, sino las siguientes generaciones de seguidores que tuvieron que enfrentar el martirio por causa del Evangelio, según los refiere la tradición de la Iglesia.

La oposición del mundo al parecer tiene origen en el desconocimiento de Dios, pues todas las acciones en contra de sus seguidores se dan en razón de que no han conocido a Dios, y por consiguiente tampoco a Jesús (8,19). Comentario que recae sobre los judíos, lo cual resulta paradójico, ya que se consideraban los más fieles conocedores de su palabra y por lo tanto fieles a Dios. La incapacidad de reconocer a Dios en Jesús, de creer en Él, hace surgir en el hombre la respuesta de oposición y rechazo contra el justo.

Por lo tanto, el ser discípulo de Jesús implica el riesgo de aceptar un compromiso que puede traer consecuencias fatales. No obstante, ante la realidad de persecución, el discípulo está llamado responder no con violencia, ni con odio, sino con el testimonio de vida, mediante el amor a sus hermanos, llevándole incluso a arriesgar su propia vida. Cruel destino que muchos de los primeros discípulos tuvieron que afrontar, así mismo de las siguientes generaciones de seguidores, y que de igual manera muchos hombres, mujeres y niños han tenido que afrontar a lo largo de la historia de la Iglesia, a causa de la verdad.

## CAPITULO III

### 4. MISIÓN

A lo largo del segundo capítulo, se resaltaba el valor de la fidelidad en los seguidores de Jesús. Pues, la fidelidad en la fe daría identidad al ser del discípulo. Sin embargo, esta fidelidad se ve truncada con la muerte de Jesús, por el desconcierto y frustración que representa su partida para los seguidores, por ello el Evangelio es claro en señalar que sólo llegaron a entender todo lo relacionado con Jesús después con la resurrección (13,7; 20,9).

Ante la tristeza que representa la partida de su maestro, surgen las promesas sobre el Espíritu o el Paráclito, quien vendrá con la misión de fortalecer la fe de los discípulos, al darles a conocer quién es en verdad Jesús. Pero, también la de revelarles la continua presencia de Jesús resucitado en medio de la comunidad. En efecto, es desde la experiencia del resucitado que llegó a configurarse una misión de los discípulos como fruto de su fe.

En contraste a la falta de fe de muchos de los discípulos como ya se mencionaba, se presenta la firme fidelidad del discípulo amado, por ello, es garante de la auténtica fe, modelo de discípulo por su fidelidad, cercanía y entrega a la persona de Jesús.

Ahora bien, la experiencia del resucitado viene a ser determinante en el seguimiento y por consiguiente en la misión de los discípulos. El mismo resucitado les envía a la misión: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (20,21). Misión que se constituye fundamentalmente en la misma misión de Jesús, ya que sus seguidores de igual manera deberán dar testimonio del amor y la unidad que Él tiene con su Padre (15,10b; 17,11), como única garantía que les llevará a cumplir los mandatos y palabras que Jesús les enseñó (14,26), en la comunidad de discípulos.

Los seguidores deberán vivir unidos en la fe y en el amor, como signo "para que el mundo crea" (17,6-26). Por eso Jesús envía a los suyos al mundo, como Él ha sido enviado por el Padre (17,17-19), llegando a ser así partícipes de la misión de dar a conocer al Padre; de esta manera, los discípulos serán encargados de prolongar la misión de Jesús.

#### 4.1 Las promesas del Espíritu Santo y la misión de los discípulos

El retorno de Jesús al Padre, viene a ser uno de los temas en el que más se hace énfasis a lo largo del capítulo 14. En este contexto surgen las promesas del envío del Espíritu, que pueden entenderse como respuesta ante las situaciones de tristeza y de falta de fe por las que atravesaba la comunidad ante la partida de su maestro. Pues, la muerte de Jesús llegaría a significar el total fracaso y decepción del proyecto que les había manifestado.

Ante el profundo vacío que ocasionaría la partida de Jesús, les promete la presencia del Espíritu, quien vendrá a restablecer la esperanza en los discípulos. Pero, para que dicha presencia tenga su realización, los discípulos deberán cumplir una exigencia: vivir el amor unos con otros, guardando los mandamientos que Jesús les ha enseñado (14,15-16). En este sentido la venida del Paráclito se constituye en la posibilidad de la continuidad y vínculo de amor que perpetúa la presencia de Jesús en sus discípulos, y que a su vez se expresa en la vivencia de los mandamientos<sup>55</sup>.

En cuanto a la presencia del Paráclito, ya desde el inicio del Evangelio, se afirma cuando se dice que descendió sobre Jesús (1,32-34); de modo que puede inferirse que el Espíritu está íntimamente unido a Jesús de manera permanente a lo largo de todo su ministerio. Esta misma realidad es la que presentan los Evangelios Sinópticos (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,22).

Desde el inicio de su ministerio, Jesús es identificado a partir del testimonio del Bautista como el que bautizará con Espíritu Santo. Eso ocurrirá cuando el Espíritu descienda sin medida sobre aquellos que creen, para que tengan vida eterna (3, 34-36). Del mismo modo, se aprecia en el contexto de las fiestas de los Tabernáculos (7,37-39), donde Jesús invita a quienes creen en Él, a beber de la verdadera agua de vida, refiriéndose al Espíritu Santo que descendería sobre la comunidad mesiánica. Promesa que se concretiza después de la resurrección, cuando el Señor resucitado sopla sobre los discípulos para que reciban el Espíritu<sup>56</sup>(20,22). Presencia que se daría luego de la glorificación de Jesús (7,39), y que

---

<sup>55</sup> Cfr. Noratto, *La venida de Cristo según San Juan*, 160.

<sup>56</sup> Cfr. García, *El cuarto Evangelio*, 66.

sería percibida sólo por los discípulos, quienes sí le conocen porque mora en ellos (14,17b); mientras que el mundo está impedido de la visión espiritual que le impide verlo<sup>57</sup>.

Ahora bien, en relación a la venida del Espíritu, el Evangelio señala cinco promesas que Jesús hace a sus discípulos sobre su pronta venida (14,15-17.25-26; 15,26-27; 16,4b-11.12-15), quien tendría una misión en medio de la comunidad de discípulos. El Espíritu de la verdad (14,17; 15,26; 16,13) que procede del Padre, enviado por Jesús, con el fin de proteger a la comunidad (15,26-27; 16,7-11). Defensor de los discípulos, en cuanto que tendrán que afrontar la rivalidad que el mundo les opondrá. Así mismo su misión estará orientada a enseñarles y recordarles cuanto Jesús les ha dicho, conservando así la actualidad de sus palabras<sup>58</sup> y así conducirlos a la verdad completa. Para defender a los creyentes y condenar a los pecadores y así “dejar al descubierto a los discípulos, el pecado del mundo (16,8-11)”<sup>59</sup>.

La mención que se hace en cuanto a que el Espíritu os lo enseñará todo, no se refiere a enseñar más cosas de las que Jesús enseñó, se trata más de dárselas a comprender de manera plena a los discípulos<sup>60</sup>. De esta manera queda señalada la misión del Paráclito, en cuanto que les manifestará todo lo relacionado a Jesús, de aquello que en su momento no les dijo porque no lo entenderían.

También hay que decir que la misión del Paráclito no sólo está orientada a recordarles lo que Jesús realizó, su misión es la de llevar a los discípulos a una comprensión profunda de Jesús. De esta manera, les manifestará tanto a la primera generación como a las futuras generaciones de discípulos, la verdad sobre la persona de Jesús a aquellos que crean. Pues muchos de los que conocieron y estuvieron junto a Jesús, que compartieron con Él, no llegaron a creer. Esta realidad resalta el valor de la fe, que no se sustenta a partir de las acciones taumáticas de Jesús, ni de las posibles revelaciones teofánicas ni del haber estado junto a Jesús. Por el contrario, la verdadera fe parte de la experiencia del resucitado, como san Pablo lo afirma “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana” (1 Cor 15,17)

---

<sup>57</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 886.

<sup>58</sup> Cfr. Noratto, *La venida de Cristo según San Juan*, 68.

<sup>59</sup> Cfr. *Ibid.*, 79.

<sup>60</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 900.



En efecto, fue la experiencia del resucitado lo que marcaría para siempre la fe de los discípulos. Auténtica garantía de que alguien llegue a considerarse discípulo de Jesús, que le llevará a asumir su misión mediante un estilo de vida particular que se sintetiza en el amor en la comunidad.

Ahora bien, ¿de qué manera se ve reflejada, la presencia del Espíritu Santo en lo que constituye la misión de los discípulos? Es claro que los discípulos después de la muerte de Jesús, se sintieron fracasados y defraudados por las expectativas que llegó a representar. No obstante, ante esta situación la acción del Paráclito fue vital en su comprensión sobre la acción reveladora de Jesús. Su presencia les consolaría y les animaría para ser testigos de la presencia del resucitado, a fin de que el mundo pueda llegar a conocer y a creer que Jesús definitivamente es el enviado del Padre (17,21-23). Pues, el Paráclito como enviado tanto por el Padre como por Jesús<sup>61</sup>, busca la plena manifestación de Jesús en aquellos que crean en su palabra. Quienes lo reciban, serán los encargados de mantener la presencia viva del resucitado, mediante el testimonio de amor, por el cual los demás le reconocerán como discípulos de Jesús (13,35) y por ende a Jesús mismo.

En consecuencia, la acción del Espíritu Santo da sentido y dinamiza la misión de los discípulos. Abandonando así, la situación de segregación, separación y oscuridad para afrontar abiertamente el mundo con todas las situaciones de dificultad que ello conlleva.

Por ello, la partida de su maestro será lo que conviene a los discípulos para que así pueda revelarse el Espíritu quien manifestará plenamente a Jesús. Nueva presencia que transforma el interior de los discípulos, de ahí que llegaran a entender plenamente a Jesús<sup>62</sup>. Puesto que conocer a Jesús es conocer el camino, ya que Él es el único camino para ir al Padre. Y quien ha visto a Jesús mediante la fe, ya ha visto al Padre (10,30; 17,22). Ahora los discípulos no podrán decir como Tomás que no conoce el camino (14,5) o como Felipe, muéstranos al Padre (14,8), pues ya conocen el verdadero camino y el verdadero rostro de Dios, en la persona de Jesús.

Por lo tanto, la tristeza por la partida de Jesús se convierte en motivo de alegría por la presencia del Espíritu. Los discípulos ahora participan de la comunión con Dios, a través de

---

<sup>61</sup> Cfr. Noratto, *La venida de Cristo según San Juan*, 45.

<sup>62</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 972.

la acción de Espíritu Santo, lo cual se constituye en fundamento para la consecución de la misión de los discípulos, que tiene su origen en la misma misión que el Padre le ha encomendado a Jesús, pues les ha hecho partícipes. Jesús ha dado gloria a su Padre, realizando la obra que le encomendó, ahora los discípulos glorificarán a Jesús mediante su la misión de vivir la experiencia del resucitado en la comunidad.

#### 4.2 El encuentro con el resucitado, origen de la misión

Después de la muerte de Jesús, el Cuarto Evangelio describe cuatro apariciones del resucitado a los discípulos (20,11-17; 19-23; 26-29; 21,1-22), las cuales se centran fundamentalmente en el tema de la fe. En estos se resalta la falta de fe de los discípulos, pues su preocupación está aún centrada en el cuerpo de Jesús. Es el caso de María Magdalena, quien se sorprende cuando va a la tumba y la encuentra vacía (20,1-2), inmediatamente corre a dar la trágica noticia a los demás discípulos. De igual manera, éstos van de prisa a la tumba para cerciorarse por sí mismos de lo sucedido. La desaparición del cuerpo, sumada al asesinato de Jesús aumenta el temor y la increencia, por ello deciden ocultarse por miedo a los judíos, ya que temen llegar a correr la misma suerte que su maestro (20,19).

Las apariciones pueden entenderse como respuesta ante la persistente falta de fe que aún manifiestan los discípulos. Pues resulta paradójico que el evangelista describa la decepción y tristeza en los discípulos y por otra parte se mencione la proclamación de fe de uno de ellos, “el otro discípulo, a quien Jesús quería o amaba” (20,2-4.8; 21,7.20). Teniendo en cuenta que en la misma escena de la tumba, sólo éste sí “vio y creyó” (20,8). Es más, el mismo Evangelio señala abiertamente que hasta el momento no habían comprendido lo que debía pasar con Jesús (20,9). El único discípulo que cree inmediatamente, sin haber visto la manifestación de Jesús. No obstante, para los demás se hace necesaria la manifestación física para llegar a creer, es más la exigen para poder creer (20,25).

Una de las reacciones muy humanas en lo relacionado con la fe, es la exigencia de una prueba como garantía para llegar a creer. Es el caso de los discípulos quienes necesitaron de las apariciones para llegar a creer, como lo refieren cada uno de los relatos. María Magdalena, se le aparece el resucitado pero no logra reconocerle inmediatamente, sólo cuando Jesús la llama por su nombre le reconoce (20,16). De igual manera los discípulos tuvieron que ver las manos y el costado como signo de prueba para creer que en verdad había resucitado. De esta manera se hace evidente la débil fe de los discípulos, pues necesitaron ver para poder creer.

Tomás, no cree en el testimonio de los demás discípulos que afirman haber visto al resucitado (20,24-25), ya que no se encontraba cuando se le apareció a los otros. Les exige ver y tocar para poder creer (20,24-25). Por ello, inmediatamente que accede a la invitación de Jesús de meter sus dedos en sus llagas, surge una proclamación de fe “Señor mío y Dios mío” (20,28). Finalmente está Pedro, quien no reconoce al resucitado, por ello necesita ser impulsado por la fe del discípulo quien tan pronto le ve, le reconoce “es el Señor” (21,7).

Es evidente el carácter externo y corpóreo que hacen referencia las apariciones sobre Jesús, sin embargo éstas llegarían a ser entendidas por sus seguidores como una continua presencia de Jesús y no meramente desde lo corpóreo. Interpretación que pudo surgir de la convicción de que “el verdadero don de la etapa siguiente a la resurrección era una unión con Jesús que ya no habría de depender de su presencia corpórea”<sup>63</sup>. De esta manera las apariciones llegarían a significar una experiencia profunda de su presencia. Es el mismo sentido que pretenden manifestar los signos, los cuales no buscan resaltar la acción física, sino su significación espiritual. Pues de lo contrario, las futuras generaciones de discípulos estarían en desventaja con los primeros, ya que requerirían de tales manifestaciones para poder llegar a creer.

Ahora bien, lo que sí es claro es que la experiencia del resucitado en los discípulos, llegó a ocasionar una profunda transformación interior que les llevó a salir de sí mismos, de su miedo y sus limitadas creencias, para ser testigos de una nueva y auténtica presencia. Prueba de ello, lo vemos cuando María tan pronto reconoce al resucitado sale a contarle a los demás, “he visto al Señor” (20,18), es el resucitado el que provoca su afirmación de fe.

---

<sup>63</sup> Ibid., 895.

Ya que Jesús conoce a quienes le pertenecen y los llama por su nombre y ellos reconocen su voz y le siguen (10,3ss). Por ello, ésta mujer con un gesto externo llamándole “Rabbuní”, le expresa a la vez su disposición interna y su actitud creyente de cara al resucitado. Sin embargo, para tal reconocimiento es necesaria la fe en Jesús, como lo que posibilita el encuentro del creyente con el resucitado<sup>64</sup>.

La resurrección de Jesús, como victoria definitiva de Cristo sobre el mundo, es el momento significativo que posibilitó la reafirmación de la fe en la comunidad de discípulos. Después de pasar por la incertidumbre y el dolor por la muerte de su maestro, ahora gozan de un conocimiento pleno de Dios, que se da a partir de la resurrección de Cristo como manifestación definitiva del verdadero rostro de Dios. El discípulo es introducido en el mundo de Dios, o mejor en la vida misma de Dios en la persona de Jesús, sintiendo su continua presencia en el amor que el Padre les manifestará en el Espíritu<sup>65</sup>.

Ahora bien, aunque la presencia del resucitado no está supeditada a ser percibida por algunos en particular, si es claro que la persona necesita cumplir dos condicionantes, la fe y el vivir la experiencia de amor en la comunidad, como precepto fundamental. El amor como constitutivo de la comunidad, mediante el cual podrán mantener vivo el espíritu de Jesús<sup>66</sup>, pues, “si uno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (14, 23). De ahí que la respuesta de Jesús da ante la pregunta de Judas (14, 22), deja en claro la nueva y auténtica manera de verle: mediante el amor pero, el mundo no puede verle porque no le ama y no guarda sus palabras, por consiguiente no puede conocerle, mientras que quienes creen y viven la experiencia del amor en la comunidad, llegarán a verle.

Por ello, la misión fundamental que fue encomendada a quienes llegaron a creer en Jesús (17,18; 20,21b), se da a razón de posibilitar a las nuevas generaciones un encuentro con el resucitado, que debe manifestarse mediante el amor y la comunión con el Padre. El compromiso de la primera comunidad de discípulos, de posibilitar que muchos lleguen también a ser discípulos suyos. Pues, “el acontecimiento Cristo es por lo tanto, el inicio de

---

<sup>64</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio Según San Juan*, 392.

<sup>65</sup> Cfr. Mercier, *El evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba*, 293.

<sup>66</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 855.

ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo”<sup>67</sup>. Es de allí donde nace el nuevo discípulo que se siente llamado a ser testigo de Jesús, a ser continuador de la misión que el Padre le había encomendado a Jesús (17,18). De esta manera, el hecho de la cruz como total donación y manifestación de amor del Padre, se constituye en ejemplo del cuál ahora deberán ser testigos, pues, los discípulos le han reconocido de ante mano como el enviado de Dios, (17,6-8). De ahí que su misión estará fundada en promover la obra de Dios, de llevar la paz y la alegría recibidas de Jesús resucitado, a las generaciones posteriores.

Por lo tanto, la misión de los discípulos se basa fundamentalmente en dar a conocer a Dios, mediante el vínculo del amor. Vínculo que se expresa en la unidad en la comunidad, al igual que la unidad que existe entre el Padre y el Hijo (17,11.21). La autenticidad del seguimiento y su misión, se dará en la medida que los discípulos permanezcan en la unidad con Jesús y el Padre, mediante el vínculo del amor. Amándose unos a otros, así como Él lo ha hecho con ellos (15,12-14). Pues, sólo de esta manera se continuará dando a conocer a los hombres de todos los tiempos que Jesús es el enviado de Dios<sup>68</sup>, como expresión de comunión en el amor que Jesús les ha enseñado. Pero, es indispensable la perseverancia en la fe, para que puedan superar los diferentes riesgos de los cuales no estarán exentos los discípulos, por eso pide al Padre en su oración que los proteja del maligno (17,15). Oración en la que no sólo ruega por la presente comunidad de discípulos, su oración cubre también a las nuevas generaciones de seguidores de todos los tiempos, ya que de igual manera se verán enfrentados a una serie de contradicciones y adversidades (17,20-23). Hostilidades que sólo podrán vencer mediante la unidad con Jesús, a ejemplo de la unidad entre el Padre y el Hijo (17,21).

Concluida la misión de Jesús, con la glorificación del Padre mediante la manifestación a los hombres (2,11) y la glorificación del Paráclito a Jesús, al revelarlo plenamente a los discípulos (16,14), ahora éstos deberán dar fe de haber conocido su gloria (1,14), ya que han sido partícipes (17,22). Siendo sus testigos, no buscando la gloria que viene de los

---

<sup>67</sup> V Conferencia General del Episcopado latinoamericano, *Documento conclusivo*, 116.

<sup>68</sup> Cfr. Moloney, *El evangelio de Juan*, 485.

hombres que conduce a la increencia, sino la que viene de Dios (12,43) mediante la cual darán frutos y llegarán a ser verdaderamente sus discípulos (15,8)<sup>69</sup>.

En definitiva, la preocupación fundamental sobre la misión de los discípulos de ayer como de hoy, no deberá estar orientada a transmitir sólo mediante palabras un conjunto de doctrinas, pues, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>70</sup>. Encuentro con el resucitado que propiciará mediante la experiencia del amor y la unidad en cada comunidad, el surgimiento de auténticos discípulos en diferentes momentos y en los diversos contextos de la historia del hombre.

#### 4.3 Ser testigos: un proyecto comunitario

Digamos primeramente que detrás del Evangelio de Juan, hay una comunidad compacta que mediante un proceso de fe, ha venido evolucionando en su manera de comprender y de vivir la experiencia del resucitado, de ahí que se diga que éste Evangelio es un testimonio teológico unitario, como vivencia de una comunidad.<sup>71</sup>

Comunidad que se funda a partir del sacrificio en la cruz del Hijo de Dios<sup>72</sup>, pero que tuvo que aprender a vivir en la unidad a partir del reconocimiento del resucitado. De ahí que uno de los puntos fundamentales que se resaltan en la oración de Jesús al Padre, es el tema de la unidad que deberá existir en la comunidad de discípulos, y de aquellos discípulos de todos los tiempos, quienes han llegado a creer en Jesús (17,20). En su oración pide para que todos los discípulos lleguen a ser una sola comunidad, una sola Iglesia (17,21-23). No obstante,

---

<sup>69</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 979.

<sup>70</sup> V Conferencia General del Episcopado latinoamericano, *Documento conclusivo*, 116.

<sup>71</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio Según San Juan*, 253.

<sup>72</sup> Cfr. Montes Peral, *Tras las huellas de Jesús*, 362.

que este texto haya tenido gran importancia a la hora de argumentar la necesidad de la unidad entre las diversas iglesias cristianas<sup>73</sup>

El Evangelio, ciertamente no hace referencia a una unidad basada en el conjunto de doctrinas que se deben tener en común. La unidad que refiere, tiene sus orígenes en la acción divina a partir de la unidad que existe entre el Padre y el Hijo (17,22). De manera que la unidad en los creyentes, brota de la unidad entre el Padre y el Hijo, la cual se constituye en modelo que los creyentes deberán seguir. En efecto, la finalidad de la oración que hace Jesús en este capítulo, está orientada a pedir por la unidad que deberá existir entre los discípulos, con el Padre y Jesús<sup>74</sup>. Así, la unidad se constituye en característica de la comunidad, pero también es un reto a testimoniar por el cual el mundo llegará a creer en Jesús como el enviado de Dios (17,21). En efecto, esto fue lo que caracterizó a las primeras comunidades, como lo narran los Hechos de los Apóstoles (2,42-47; 4,14; 11,24).

Ahora bien, la unidad que garantizará la permanencia del discipulado y de la misión, deberá darse en dos sentidos: de parte de los creyentes en relación con el Padre y el Hijo, y la unidad que deberá manifestarse entre los creyentes. Unidad entre el Padre y el Hijo, no entendida desde lo espiritual o lo moral, sino desde la vida que da el Padre al Hijo, vida de la cual ahora son partícipes<sup>75</sup>.

Un auténtico sentido de la unidad, se revela a partir de las alegorías del buen pastor (10,16) y de la vid (15,1-8). La imagen de un solo rebaño y de los sarmientos unidos a la vid, manifiestan claramente el sentido de la unidad y por consiguiente el de la comunidad (Koinonía). Estas enseñanzas, manifiestan los elementos claves de lo que deberá ser la verdadera unidad, como sentido para que los discípulos lleguen a dar verdaderos frutos. Pues la unidad entre la comunidad de discípulos posibilitará el testimonio para que el mundo llegue a creer en Jesús como el enviado del Padre, el Hijo de Dios. La Palabra y la Vida que vino al mundo a hacernos partícipes de la naturaleza divina (2 P 1,4) y así participarnos de su propia vida. De hacernos partícipes del inmenso amor del Padre, que

---

<sup>73</sup> Cfr. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, 1046.

<sup>74</sup> Cfr. *Ibid.*, 1040.

<sup>75</sup> Cfr. *Ibid.*, 1048.

quiere que seamos hijos suyos<sup>76</sup>, partícipes de su misterio divino y a la vez testigos de su amor.

Por ello, uno de los retos más grandes para la comunidad de discípulos se da en relación a ser fieles en la unidad, a mantener de manera inquebrantable el vínculo de la fe que les permite configurarse como comunidad de seguidores. Testigos del resucitado, para que muchos lleguen a creer. No obstante, también será signo de contradicción en medio de un mundo orientado más al individualismo.

En definitiva, la unidad en la comunidad se constituye en la continuidad de la acción de Dios en la historia, ya que su testimonio será el germen del surgimiento de nuevas generaciones discípulos que a su vez serán los nuevos testigos. Pues, “para el cristianismo joánico, como para todo el cristianismo primitivo, no hay ninguna realización existencial cristiana sin la comunidad o fuera de ella.”<sup>77</sup>

De esta manera, la fuerza del testimonio sobre Cristo sedará a partir de la unidad mediante el vínculo del amor de Dios, que lleva a una experiencia particular de vida que se manifiesta en la comunión mediante una misma celebración de la fe, el servicio y el compromiso para con los demás (Hch 2,42-47). Es desde allí donde se hace explícito el anuncio del reino de Dios, de su Palabra.

Por lo tanto, es claro que el ser testigos tiene implicaciones dentro del seguimiento así como dentro de la conformación de la comunidad. Pues, la conformación de la comunidad tiene como soporte el discipulado donde el seguimiento es la explicitación más concreta de ser discípulo y de construir comunidad eclesial. Ya que el seguimiento de Jesús, no es una experiencia personal, individualista, sino fundamentalmente comunitaria, donde se comparte la vida y se trabaja por un mismo proyecto<sup>78</sup>, el de Dios.

Ahora bien, la visión de unidad que plantea el Evangelio de Juan no debe llevar a pensar que se trata de una propuesta comunitaria cerrada. Como tampoco puede considerarse como una comunidad retrotraída del mundo, que se ha apartado para vivir una experiencia

---

<sup>76</sup> Cfr. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento conclusivo*, 163.

<sup>77</sup> Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 258.

<sup>78</sup> Cfr. Montes, *Tras las huellas de Jesús*, 365.



esotérica e intimista. Idea que no responde al sentido abierto y universal que ya se ha mencionado y que caracteriza al discipulado en este Evangelio<sup>79</sup>. Pues, sólo desde la vivencia en la unidad, fue que el discipulado llegaría a dar verdaderos frutos configurando una comunidad fortalecida que pudo afrontar y soportar los diversos retos, desafíos y obstáculos a que se vieron afrontados.

En definitiva, ser discípulos testigos del resucitado, no puede entenderse sino a partir de una experiencia de fe en medio de una comunidad, pues es claro que la fe no es sólo una cuestión personal, sino una opción de vida que impulsa al creyente a salir al encuentro del otro.

#### 4.4 El discípulo amado como prototipo del seguidor

A lo largo de la segunda parte del Evangelio y en el epílogo, se resalta la figura de un personaje incognito, de quien se ha especulado mucho sin haberse llegado a una determinación precisa sobre su identidad. Algo particular que se menciona de este personaje, es que era el discípulo a quien Jesús amaba (13,23s; 19,25-27; 20,3-9; 21,7ss; 21,20-25); característica que no se dice de los demás discípulos ni en éste Evangelio, ni en los Sinópticos. Además es el discípulo que da testimonio de todo lo que vivió junto a Jesús (19,34-35; 21,24). La imposibilidad de llegar a una determinación sobre su identidad ha llevado a que se argumente que se trata de una figura ideal y no histórica, una creación literaria (Bultmann), o quizá un verdadero testigo como prototipo al cual debe llegar todo cristiano.

Ahora bien, uno de los argumentos fundamentales que dan a pensar que se trata de un personaje histórico, es que sobre Él se fundamenta todo el (21,24). Quién llegó a constituirse como el garante de la tradición joánica, mediante su testimonio. Pues, da a pensar que si no fuese un testigo real, su testimonio quedaría en entredicho y por

---

<sup>79</sup> Cfr. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan*, 264.

consiguiente la misma comunidad joánica. Claro está que definir si es o no un personaje histórico no es el propósito de este tema, por el contrario, se trata de analizar de qué manera es posible su consideración como prototipo de discípulo.

El evangelista, describe de este discípulo diferentes rasgos esenciales de lo que debe llegar a ser un auténtico seguidor de Jesús. En la última cena se ubica al lado de su maestro, y luego se describe como recostado sobre el pecho de Jesús (13,23.25). Ubicación que lo pone en una total cercanía a Jesús.

Es también el canal de comunicación directo, entre los demás discípulos y Jesús, pues a él acuden los otros discípulos para que le pregunte al maestro sobre la identidad de quien le traicionaría (13,22-25). Después con la resurrección, éste discípulo le reconoce antes que los demás, y les comunica que es Jesús el que está compartiendo con ellos (21,7)

También es prototipo de fidelidad, pues a pesar de que los otros discípulos le han traicionado, no han creído en Jesús, lo han negado y por último lo dejan sólo en el momento más difícil de su vida, la cruz. El discípulo amado por el contrario ha mantenido firme su fe en Jesús, por ello está al lado de su maestro a lo largo de su ministerio en silencio y le ha acompañado hasta la cruz, lo cual manifiesta una fe inquebrantable<sup>80</sup>, como un verdadero amigo de quien sí se puede fiar. No tiene miedo como los demás, de llegar a correr la misma suerte de su maestro, pues está allí junto a la cruz, presenciando la muerte de su maestro, lo cual le da autoridad de dar testimonio de haber visto salir del costado de Jesús sangre y agua (19,34-35). El estar hasta el último momento junto a Jesús, viene a sintetizar todo aquello que deberá caracterizar a los futuros discípulos, en su permanencia fiel y constante.

Modelo de acogida, a quien Jesús le encarga su madre María, pues sabe que tras su muerte quedaría sólo, por ello la entrega al discípulo amado como madre y éste a su vez se reconoce como su hijo, y desde aquel momento la acoge en su casa como tal (19,26-27)

Es el primero en creer en la resurrección de Jesús. En el relato de la visita a la tumba junto a Pedro, quien entra primero y al no encontrar el cuerpo de Jesús se decepciona, mientras que el discípulo amado aunque entra después, ve y cree inmediatamente (20,8). Por ello, es

---

<sup>80</sup> Cfr. Ibid., 359.

también el primero en reconocerle en la cotidianidad de la vida (21,4-7) recordándole al primero de los apóstoles, Pedro, que “es el Señor”.

A partir de lo anterior, es posible decir que se constituye en el más fiel portador del testimonio sobre la resurrección de Jesús; garante de la verdadera doctrina. Porque ha permanecido con una fe inquebrantable junto a Jesús, le ha reconocido resucitado, y por ello puede dar testimonio para las generaciones de discípulos de todos los tiempos (21,24a). No obstante, es la misma comunidad quien reafirma que lo dicho por éste discípulo es un testimonio verdadero, del que se puede fiar (21,24b).

Su fidelidad, cercanía, amor, entrega, acogida y fe, fueron los elementos que le llevaron a inmortalizarlo en la memoria imborrable de la comunidad por medio del Evangelio de Juan. De ahí que se coloque en boca de Pedro que no moriría, y en efecto así lo fue, pues su testimonio sigue vivo y seguirá significando como modelo y prototipo de un discípulo que se dispuso totalmente a la acción de Cristo, en su vida.

Por lo tanto, la mención especial que hace el Cuarto Evangelio desde el inicio (1,35-40) hasta el final (21,24) del discípulo, o del discípulo al que Jesús amaba, deberá entenderse que más allá de la persona, éste discípulo se constituye en prototipo a seguir por lo que encarna para la comunidad joánica<sup>81</sup> y de esta manera se constituye en un referente obligatorio para las futuras generaciones de seguidores. Modelo fundamental a tener en cuenta en toda experiencia de discipulado, que posibilitará una verdadera configuración con Jesús.

La configuración de su vida con Jesús, se constituye en un modelo a imitar por todo hombre o mujer que quiera seguir a Jesús. Así, los discípulos de todos los tiempos están llamados a imitar su fidelidad constante y permanente, mediante su amor incondicional. Pues, el distintivo del discípulo de ayer como de hoy, deberá estar marcado por el amor que debe manifestarse mediante el testimonio de vida, llamado también a encarnar este amor que permanece<sup>82</sup>.

---

<sup>81</sup> Cf. Mercier, *El evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba*, Tomo II, 825.

<sup>82</sup> Cf. *Ibid.*, 84.

## 5. CRITERIOS CONSTITUTIVOS DE UNA PASTORAL, DESDE EL MODELO DISCIPULAR JOÁNICO

Son diversas las situaciones y realidades que han venido cuestionando el que hacer de la Iglesia Católica en el mundo actual, desde su misión evangelizadora tanto en su interior como al exterior. El interior puede decirse que dentro de las mayores preocupaciones está la deficiente fe de muchos creyentes, que se manifiesta en una experiencia religiosa que en su gran mayoría dista de la propuesta cristiana. Pero, también de una fe que se orienta más hacia una relación con Dios, desde un sentido personalista más no comunitario. Donde la participación y compromiso de los creyentes aún es muy limitado. De una celebración sacramental que no posibilita una relación entre la fe y la vida. Estas y otras más, son las presentes preocupaciones que han llevado a analizar, discernir, replantear y proponer nuevos caminos pastorales que respondan a los diversos retos que el actual acontecer presenta a la experiencia cristiana.

A partir de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, se ha presentado una novedosa propuesta denominada “el discipulado”, como eje que articularía la acción evangelizadora de la Iglesia. Inmediatamente se ha constituido en un desafío sobre la manera como se deberá configurar un proceso discipular, pues es claro que más allá de las intuiciones pastorales de una persona o de un grupo particular, los Evangelios deberían ser los modelos directos que se debieran acudir para descubrir aquellos elementos, etapas y mecanismos que comporta un itinerario discipular, desde el cual se dinamice y articule toda pastoral.

Lo anterior, sería una de las motivaciones que llevarían a realizar este trabajo investigativo sobre “*el discipulado*” en el Cuarto Evangelio. De ahí que después de haber hecho un recorrido a lo largo de este texto, es posible decir que se constituye en un verdadero modelo que ofrece una estructura definida y particular sobre el seguimiento de Jesús. Así mismo, dentro de las implicaciones pastorales vemos cómo la experiencia discipular en la comunidad joánica, es fundamental para la comprensión del creyente hoy como discípulo.

En efecto, éste debiera ser un instrumento directo a tener en cuenta, a la hora de querer proponer un itinerario discipular en cualesquier contexto.

A través de varias etapas la comunidad joánica, va manifestando aquellos momentos que vivieron junto a Jesús, y que por consiguiente comporta un itinerario discipular. Itinerario que tiene su punto de partida en la iniciación discipular. Donde uno de los elementos que se resaltan en el Cuarto Evangelio, y que se señalaba en el primer capítulo, es el encuentro personal que muchos hombres y mujeres tuvieron con Jesús a partir del testimonio, lo cual llevó a la fe y por consiguiente a la decisión de seguirle. De esta manera el encuentro personal con Cristo deberá ser algo vital en una propuesta de seguimiento, pues sólo de esta manera el creyente descubrirá su identidad discipulo, que brota de la aceptación de la identidad de Jesús. Pues al no haber dicha identidad, el quehacer quedará infecundo.

Pero también, el discipulado comporta una etapa de formación, esto es donde el candidato recibe el contenido central que articulará su quehacer como discípulo. Pues el discípulo, que ha optado por la personas de Jesús, que creído en Él y en su proyecto, deberá saber cuáles son los elementos que configuran el ser del discípulo. Pues, su constancia en la fe, su fidelidad a Jesús y la unidad con el Padre y el Hijo, mediante el vínculo del amor, revelarán que el verdadero discipulado no se da desde el conocer o admirar cosas sobre Jesús, sino que es un camino de configuración que exige constancia. Es un itinerario que está llamado a vivirse en y por la comunidad, donde el discípulo está llamado a participar activamente desde sus capacidades en la construcción de la misma, mediante el testimonio de amor, servicio y fidelidad al proyecto de Jesús.

Finalmente, a partir del encuentro y apropiación de lo que constituye el seguimiento surge una misión, la cual entendieron los discípulos que debería estar orientada a hacer lo mismo que su maestro realizó con ellos. De esta manera, el descubrir la misión del discipulado, llevaría a replantear la tarea fundamental a la que la Iglesia mediante su acción pastoral está llamada, esto es a propiciar en toda persona un encuentro personal con Cristo, más que dar a conocer cosas sobre Jesús. La comunidad joánica nos ha dejado su legado, no como un dato de fe, sino como una experiencia de seguimiento para que las futuras generaciones pudieran llegar a creer en Jesús.

Así, la identidad laical en perspectiva del discipulado, favorece como tal, la consolidación de la Iglesia, es decir, donde todos sus miembros gozan de la misma dignidad, donde todos son imprescindibles, y donde todos tienen el don y la responsabilidad de construirla desde los diferentes carismas. Como bien lo subraya la *Gaudium et spes*, N° 1, que al ser la Iglesia parte de la humanidad su acción se desarrolla, por y para lo humano. Como misión que nace desde la acción del Espíritu del resucitado dando esperanza a los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar<sup>83</sup>.

Ahora bien, éste solo ha sido una parte del camino que se deberá recorrer para seguir descubriendo todo lo que comporta un adecuado proceso discipular, en la visualización futura de una acción pastoral orientada desde el discipulado.

---

<sup>83</sup> Cfr. Sobrino, *El Jesús histórico nos llama al discipulado en América Latina y el Caribe*, 127.

## CONCLUSIONES

A partir del trabajo de investigación realizado a lo largo del Cuarto Evangelio, hay que decir que éste presenta un claro itinerario discipular que Jesús lleva a cabo con sus seguidores y que comporta diversos elementos que configuran el ser del discipulado.

El inicio de este itinerario se da a partir del testimonio, como elemento fundamental mediante el cual las personas conocen a Jesús. El bautista da testimonio a sus discípulos sobre Jesús (1,6-8.19a.26-27.29-34.36b), quienes luego de tener un encuentro cercano (1,38-39), creen y se constituyen en los nuevos testigos (1,40-42.45). Es el caso también de la samaritana, quien luego del diálogo con Jesús, intuye haber encontrado al Cristo (4,28-29) y por ello sale apresurada a dar testimonio, y de esta manera propicia un encuentro entre Jesús y los samaritanos, que también llegan a creer en Él (4,39.42).

Aunque el testimonio lleva a un encuentro con Jesús que a su vez ocasiona la fe, éste no origina un seguimiento de manera automática. Los primeros seguidores debieron vivir un proceso a lo largo de todo el ministerio de Jesús, quienes mediante los signos fueron afianzando su fe (2,11b); mientras que otros discípulos por su parte decidieron renunciar al seguimiento (6,66). La negativa a creer en Jesús, se constituye en una imposibilidad para seguirle. No obstante, los discípulos sólo llegarían a creer verdaderamente en Jesús, después de su muerte, a partir de la experiencia del resucitado.

Ahora bien, una de las exigencias principales que fundamentan el seguimiento y le dan sentido, es el creer en Jesús. Una auténtica fe que lleva a reconocerle verdaderamente como el enviado de Dios (12,44). Ahora bien, el creer no es algo que sólo logra alcanzar un grupo determinado. El cuarto Evangelio no hace una descripción de un grupo determinado de seguidores, como sí lo hacen los Sinópticos al mencionar un grupo de doce, llamados por Jesús. En este sentido, resulta dicente que el Evangelio de Juan mencione dos discípulos en particular, que a la luz de los Sinópticos no hacen parte del grupo de los doce: el ciego de nacimiento (9,28) y Simón de Cirene (19,38). Lo cual plantea de manera explícita que el grupo de discípulos es un grupo diverso, del cual hacen parte todos aquellos que llegaron a creer en Jesús: los judíos (8,31; 11,45; 12,11; 12,42), también algunas mujeres (4,28-29; 20,

16.18) quienes perseveraron en su fe y acompañaron a Jesús hasta la cruz (19,25), y finalmente un grupo diversos de personas (4,39). Por lo tanto, el proceso discipular joánico es una propuesta abierta a todo tipo de personas, como se evidencia a lo largo de toda la primera parte del Evangelio, sin importar su condición o procedencia. Lo importante es la respuesta mediante una fe fiel a las palabras de Jesús, lo cual revelará al verdadero discípulo (8,31b; 15,17).

Así mismo, es de resaltar que para llegar a ser discípulo no se da principalmente por un llamado directo de Jesús. Pues sólo en dos casos en particular se describe dicho llamado (1,43b; 21,19.22b), la gran mayoría de discípulos siguieron a Jesús, a partir del testimonio que antecede al encuentro y que culmina con la respuesta de fe. Aunque el conocer algo sobre Jesús no es garantía para llegar a considerarse discípulo suyo, esto se evidencia en que los mismos discípulos a pesar del camino recorrido a lo largo del ministerio de Jesús y después de haber visto diversos signos, aún no creían. De ahí el reclamo que les hace Jesús, pues si dicen creer en Dios, deberían creer en Él (14,1), o si no creen por sus palabras al menos deberían creer por sus obras (14,11). En definitiva, la iniciación al discipulado no está dada por un conjunto de normas y criterios muchas veces secundarios, lo fundamental lo constituye la fe a partir del encuentro personal con Jesús, desde la experiencia del resucitado.

Otro de los momentos centrales que constituyen el seguimiento, es la etapa de formación. Los discípulos deberán conocer aquello que constituye el ser del discípulo a partir de un gesto y de los discursos de despedida: el lavarles los pies a los discípulos, como ejemplo que deberán prolongar en medio de la comunidad en el servicio y la entrega (13,15), al igual que la entrega de Jesús en la cruz. La vivencia del amor en la comunidad fundada en el amor entre el Padre y el Hijo, como nuevo mandamiento que Jesús enseña a sus seguidores y que es deber de expresarse en la comunidad. Del cual les ha dado ejemplo en el amor extremo expresado en la cruz, por ello llega a ser una exigencia que deberán vivir unos con otros (13,15). Mandamiento por el cual les reconocerán como verdaderos discípulos suyos (13,35).

La fidelidad mediante la permanencia en la fe en Jesús, como la vid a los sarmientos (15,1-8), única forma en que el discipulado dará verdaderos frutos. Jesús es la nueva y auténtica



vid, en la cual deberán permanecer los seguidores quienes serán sometidos a la poda, esto es a la limpieza o purificación de su fe para que lleguen a dar verdaderos frutos. Más para quienes han caído en la infidelidad y no han creído verdaderamente en Jesús, estarán abocados a ser cortados, esto es a ser separados de manera definitiva del seguimiento.

Mandamientos que deberán cumplir para mantenerse fieles ante la adversidad que el mundo les opondrá. El odio y la oposición del mundo como constante confrontación para los seguidores de todos los tiempos (15,18-25; 17,14-16), ocasionará el sufrimiento de los discípulos (16,16-33). Rechazo que se funda en el desconocimiento sobre Dios y por consiguiente sobre Jesús. No obstante, ante la realidad de persecución y rechazo el discípulo estará llamado a responder con el mismo amor que el Jesús les enseñó.

Ahora bien, Jesús sabe de la adversidad del mundo y la fragilidad de los discípulos, por ello pedirá de lo alto la presencia del Paráclito para que puedan cumplir los mandatos y así permanecer fieles en la fe. La presencia del Espíritu en medio de la comunidad, se revela como la nueva presencia de Jesús resucitado. Quien ratifica y prolongará la verdad sobre Jesús y su misión. Ya que el Espíritu será el encargado de recordarles todo lo que Jesús les enseñó y de enseñarles la verdad, es la acción del Paráclito la que dinamiza y da sentido al proceso discipular.

Es claro que los discípulos creyeron verdaderamente en Jesús, sólo después de su muerte con la resurrección, de ahí que la misión tiene su punto de partida en la experiencia del resucitado, que les impulsaría a vivir la experiencia del amor y entrega en medio de la comunidad. De igual modo, la nueva presencia de Jesús resucitado que se manifiesta mediante la acción del Espíritu Paráclito exige a los discípulos, descubrir la presencia del resucitado en la comunidad.

No obstante, ésta es la finalidad que se evidencia a partir de todo el proceso discipular de la comunidad joánica, la de propiciar un encuentro con Jesús resucitado como única manera que ocasionará la fe en las nuevas generaciones de hombres y mujeres. Esto lo manifiesta el Evangelio al referir que todo lo escrito, es decir todo lo que ha vivido la comunidad y que ha sido puesto por escrito tiene como fin el de propiciar la fe de muchos hombres y mujeres

de todos los tiempos para que crean en Jesús (20,31) y creyendo asuman un estilo de vida particular, en una comunidad discípula.

Puesto que la veracidad de este estilo de vida, está fundada en el testimonio de la comunidad y ésta a su vez en el testimonio de un testigo garante que da fe de todo lo vivido junto a Jesús. El discípulo a quien Jesús amaba, por su fe inquebrantable en Jesús, por su firmeza, llega a ser el primer testigo de la resurrección, quien cree sin vacilaciones ni exigencias. Por ello, se constituye en prototipo del seguidor y ejemplo para todo nuevo discípulo de todos los tiempos que ha creído en Jesús y ha decidido incorporarse en un nuevo y auténtico estilo de vida denominado el discipulado.

## BIBLIOGRAFÍA

1. AUSEJO, Serafín de. Diccionario de la Biblia. Barcelona Editorial Herder, 1981.
2. BARRIOS TAO, Hernando. Seguidores y seguidoras del Maestro de Nazaret: un problema de identidad. En: Fraciscanum. Bogotá. N° 145 (enero-abril de 2007); 11-25.
3. BROWN, Raymond. E. La comunidad del discípulo amado, Orígenes de la comunidad Juanica. Salamanca: Sígueme, 2005.
4. DESTRO, Adriana. ─ PESCE, Mauro. Cómo nació el cristianismo joánico. Santander España: Sal Terrae, 2002.
5. GARCÍA -VIANA, Luis Fernando. El cuarto Evangelio historia, teología y relato. Madrid: San Pablo, 1997.
6. IGLESIA CATÓLICA, Consejo Episcopal Latinoamericano. Pablo VI y la pastoral vocacional. Bogotá: CELAM, 1975
7. IGLESIA CATÓLICA, Consejo Episcopal Latinoamericano. Pastores dabo vobis aplicación para América Latina (Pastoral vocacional y formación Presbiteral) Santafé de Bogotá: CELAM, 1993.
8. IGLESIA CATÓLICA, V conferencia general del episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo. Aparecida: CELAM, Paulinas y San Pablo, 2007
9. JAUBERT, Annie. El Evangelio según San Juan. Navarra: Verbo Divino, 1978
10. LEON-DUFOUR, Xavier, S.J. Lectura del Evangelio de Juan, Sígueme, 1998, 226.5 L 36 v4 1

11. LÉON-DUFOUR, Xavier. Lectura del Evangelio de Juan. 4 Vols. Salamanca: Sígueme, Vol. IV, 2001.
12. MARTÍN-MORENO, Juan Manuel. Personajes del Cuarto Evangelio. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.
13. MENDIZÁBAL, Luis María S.J. Vocación universal a la Santidad. Manresa: Revista de Ascética y Mística Vol. 36, no. 139 ( abr.-jun. 1964), p. 149-168.
14. MERCIER, Roberto. El Evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba. Bogotá: San Pablo Tomo I y II, 1994.
15. MOLONEY, Francis J. El Evangelio de Juan. Estella, Navarra: Verbo Divino, 2005.
16. MONTES PERAL, Luis Ángel. Tras las huellas de Jesús seguimiento y discipulado en Jesús, los Evangelios y el de dichos Q. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos, 2006.
17. NORATTO GUTIÉRREZ, José Alfredo. Discípulos y Apóstoles en el Cuarto Evangelio. En: Fraciscanum. Bogotá. N° 145 (enero-abril de 2007); p. 27-40.
18. NORATTO GUTIÉRREZ, José Alfredo. La venida de Cristo según San Juan clave hermenéutica de la escatología joánica. 1a ed. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Teología, 2009.
19. RAMOS PÉREZ, Fernando. Ver a Jesús y sus signos, y creer en él estudio exegético-teológico de la relación "ver y creer" en el evangelio según San Juan. Roma: Pontificia Universita Gregoriana, 2004.
20. SCHNACKENBURG, Rudolf. El evangelio según San Juan versión y comentario. Barcelona: Herder, 1980.

21. SOBRINO, Jon S.J. El Jesús histórico nos llama al discipulado en América Latina y el Caribe. Bogotá: Theológica Xaveriana Vol. 57, no. 1 (161) (ene.-mar. 2007), p. 127-157.